

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 13, capítulo CCXCV

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Jaime Olveda

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 13, capítulo CCXCV

**Revisado por
Jaime Olveda
(El Colegio de Jalisco)**

Capítulo CCXCV

**Inicia su primer periodo
el V Congreso**

Septiembre a octubre de 1869

CAPÍTULO CCXCV

INICIA SU PRIMER PERIODO EL V CONGRESO

Septiembre octubre de 1869

Con toda oportunidad se llevaron a cabo las elecciones para designar diputados al Congreso de la Unión, lo que por primera vez en la historia, a partir de 1857, se pudo realizar en todo el ámbito del país, sin que hubiese problemas de importancia.

Fue esa la oportunidad para que afloraran las diversas corrientes de oposición al grupo que, encabezado por Juárez, ejercía el poder. Todavía Lerdo de Tejada formaba parte del partido gubernamental y la oposición tenía a Porfirio Díaz como cabeza.

Los porfiristas habían fincado sus esperanzas en estas elecciones y con gran optimismo consideraban que obtendrían la mayoría; pero ello no ocurrió y aun en el mismo estado de Oaxaca, donde residía Porfirio Díaz y su hermano era el gobernador, los resultados no correspondieron a sus deseos.

Para esta elección, el territorio de la República fue dividido en 224 distritos; para finalizar agosto ya se conocían los resultados en 206 distritos, y de los 19 restantes se ignoraba si se habían realizado las elecciones.

Es interesante señalar que, de la información disponible para esos días, se podría señalar que formaban parte del V Congreso algunas personas que habían participado en el anterior, en la forma siguiente:

Entre los diputados propietarios reelectos, no precisamente del mismo distrito que representaron con anterioridad, cabe mencionar a Joaquín M. Alcalde, Juan Sánchez Azcona, José Eligio Muñoz, Ezequiel Montes, José María Condé de la Torre, Protasio Tagle, Justino Fernández, Francisco Zarco, Pedro de Baranda, Rafael Dondé, Pedro Santacilia, José María Castro, Crisóforo Canseco, Ramón Guzmán, Juan J. Baz, Manuel Romero Rubio, Mariano Riva Palacio.

Algunos de estos diputados fueron designados simultáneamente por dos y aun tres distritos, por lo que el colegio electoral decidió se resolviera por suerte en qué distrito actuarían. Así Mariano Riva Palacio, que fue elegido por los distritos de Tepic, Jal., Tlalmanalco, Méx. y Huajuapán, Oax., quedó fungiendo como diputado por Huajuapán, ocupando su lugar en los otros distritos sus suplentes.

Pedro Santacilia fue elegido diputado en Coixtlahuaca, Oax. y Huauchinango, Pue.; pero la suerte decidió quedara representando este último distrito.

Juan J. Baz, que desempeñaba el puesto de gobernador del Distrito Federal, presentó su renuncia a este cargo y ocupó su curul como diputado, sustituyéndole Francisco A. Vélez. Esto causó gran sensación, porque se consideró que Juárez lo retendría como gobernador. Seguramente las relaciones políticas entre ellos no eran ya cordiales, pues más tarde, algunos meses después, su esposa renunció a los diversos cargos que desempeñaba en instituciones oficiales de beneficencia del Distrito Federal.

El 16 de septiembre, conforme lo establecía la Constitución, el Congreso inició el periodo de sesiones, concurriendo el Presidente de la República a la ceremonia de apertura; ésta, como hecho inusitado, tuvo lugar a las ocho y media de la mañana haciendo Juárez, un análisis de la situación de nuestras relaciones internacionales y, a la vez, de las condiciones políticas en que se encontraba el país.

Respecto a lo primero, destacó que las relaciones con los Estados Unidos "se conservan en los mejores términos de una buena amistad..."

Se concertó un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con Alemania del Norte, país con el que se han establecido relaciones diplomáticas; espera pronto poder restablecer tales relaciones con España e Italia.

Sin mencionarlo por su nombre, hace referencia al hecho de que el Gral. Servando Canales se ha sometido, por lo que la tranquilidad se disfruta ya en Tamaulipas.

La aplicación de la ley contra ladrones y plagiarios, en unos cuantos casos, ha servido de escarmiento, ahuyentando a los criminales. Dedicó el resto de su intervención a anunciar las iniciativas de ley que, "con el deseo de cooperar a estas importantes tareas del Congreso. . .", presentará próximamente sobre la ordenanza de las aduanas; leyes de hipoteca en el Distrito Federal; colonización y deslinde de terrenos baldíos.

Concluye su discurso haciendo notar que es muy significativo que, precisamente en el aniversario del inicio de nuestra Independencia, se inaugure el ferrocarril México-Apizaco-Puebla, primera línea férrea de importante longitud que existió en México.

Ocupa la tribuna el presidente del Congreso, diputado Mariano Riva Palacio, quien, coincidiendo con el Presidente Juárez, se congratula de que pacíficamente se pueda inaugurar el primer período de sesiones del V Congreso constitucional.

Comentando las informaciones sobre política exterior, destaca que México ha adoptado "la regla general y recibida del derecho público que autoriza la propia defensa y se defendió y sostuvo, lo que todas las naciones civilizadas tendrán que sostener siempre, su independencia completa y absoluta, para darse, sin intervención extraña, la forma de gobierno que consideren más adecuada".

En tono de moderación, manifestó el agrado de la Legislatura al percibir que el día de la reconciliación con las demás naciones del mundo se aproxima para siempre "sin menoscabo de la honra y de los intereses nacionales...". Afirma que el Congreso, como "la grande y augusta representación del pueblo", está deseoso de la reconciliación nacional y dispuesto a cooperar con el Ejecutivo en todo aquello que permita

alcanzar el sólido bienestar de la sociedad y, por ello, estudiará con interés y con la mayor rapidez posible, las iniciativas que el Ejecutivo anuncia enviará al Congreso.

Tan luego terminó la sesión del Congreso, el Presidente Juárez se trasladó a la estación del ferrocarril, donde ya se había reunido la comitiva que, a bordo de un tren especial, le iba a acompañar para hacer la inauguración solemne de la primera parte del Ferrocarril Mexicano que se ponía en servicio, formado por el tramo México-Apizaco de la troncal a Veracruz y el ramal de Apizaco a Puebla.

Previamente, el 9 de septiembre había pedido a la diputación permanente autorización para que se trasladara a la ciudad de Puebla "con objeto de asistir a las solemnidades de la inauguración del término del ferrocarril entre aquella y esta ciudad." La Constitución vigente exigía se solicitara autorización para que el Presidente de la República saliera de la capital.

El convoy de prueba recorrió la línea de uno a otro extremo diez días antes, de manera que el viaje que iba a llevar a cabo la comitiva presidencial estaba fuera de todo peligro.

No obstante que el recorrido pudo haberse hecho en unas cuantas horas, ocupó la totalidad del día, porque en diversos lugares las autoridades y el pueblo recibieron a la comitiva con festejos y agasajos. Cronistas de la época relatan que al llegar el tren a cada estación, esperaban las autoridades, rodeadas del pueblo y acompañadas de bandas de música.¹

Reproducimos el relato que de este viaje y la estancia en Puebla hizo Ignacio Manuel Altamirano y que figura en la colaboración que semanalmente enviaba a *El Renacimiento*, periódico literario que se editaba en México. El artículo lleva como título "Crónica.— Las fiestas de septiembre en México y Puebla", y se refiere, como su nombre lo indica, a diversos hechos en relación con las fiestas septembrinas. Incluimos en este capítulo la parte que se inicia con el amanecer del día

¹ *El Siglo Diez y Nueve de México y El Libre Pensador de Puebla.*

16 de septiembre y que concluye con el regreso a la ciudad de México el día 21 a las cinco de la tarde.

Como podrá observar el lector en ella, el recorrido fue impresionante, llegando el convoy a la ciudad de Puebla en medio de un aguacero tremendo.

Apenas escampó, la comitiva se trasladó al palacio de gobierno, donde se pronunciaron varios discursos y Juárez contestó con frases llenas "de sensatez y patriotismo", como apunta Altamirano, agregando que "pocas veces hemos oído expresarse al Presidente con tal fluidez y con tan felices conceptos".

A las nueve de la noche de ese mismo día, 16 de septiembre, se ofreció por la empresa del ferrocarril un baile al que asistió numerosa concurrencia, pero se hizo notoria la ausencia de mujeres poblanas, lo que dio base para que Altamirano hiciera ironías y explicara por qué la poblana "no puede, sino haciéndose muy singular, y creyéndose que ella sola es la depositaria del sacro fuego del rencor imperialista, observar una conducta diferente".

En este baile se presentó, por primera vez, una pieza musical de Melesio Morales, con el nombre de "La Locomotiva"; en ella el compositor, "a semejanza de algunos célebres maestros alemanes, hace prodigios de imitación armónica, inventando a propósito nuevos instrumentos para reproducir fielmente el rugido del vapor, el silbido de la máquina y hasta el rodar de los carros en los rieles de fierro".

La fiesta se mantuvo muy animada, por lo que hubo personas que se retiraron hasta las cinco de la mañana del día siguiente.

El 17 de septiembre, el gobernador del estado ofreció un banquete en el antiguo colegio de jesuitas, que ya para entonces era el colegio del estado y que hoy es la sede de la Universidad de Puebla.

En el banquete se sirvieron platillos escogidos y magníficos vinos. A los postres, según la costumbre de la época, se abusó de los brindis; "los discursos de los Sres. Juárez, Lerdo, Iglesias, Balcárcel, Nelson, Escandón, Martínez de la Torre y Romero Vargas, fueron pequeños y encerraban, como era natural, el mismo asunto del día, que era la

inauguración del Ferrocarril de México a Puebla, conteniendo expresiones al cual más cordiales, patrióticas y progresistas".

El día 17 por la mañana, se colocó en el centro de la plaza de San Juan de Dios la primera piedra para el monumento a Zaragoza.

El día 18 el Gral. Ignacio Alatorre ofreció un banquete limitado a un grupo de amigos. Por la noche se representó la ópera *Norma* en el Teatro Principal.

Algunos miembros de la comitiva iniciaron el regreso el día 19, pero Juárez y sus ministros aprovecharon la mañana del 20 para visitar Tlaxcala, volviendo por la tarde a la ciudad de Puebla para concurrir al baile que el gobernador ofrecía.²

El lector encontrará también en este capítulo una breve descripción de la visita a Tlaxcala, que muestra la cordialidad de los tlaxcaltecas y la actitud gentil de Juárez.

En este segundo baile de la ciudad de Puebla asistieron numerosas señoras poblanas, probablemente con el objeto de borrar la mala impresión por su ausencia tres días antes.

Finalmente dejó Juárez la ciudad de Puebla el día 21, llegando a las cinco de la tarde a la estación de Buenavista de la ciudad de México.

Le acompañó en su recorrido Margarita y al visitar Tlaxcala, los amigos de esa población le pidieron que se quedara algunos días, por lo que Juárez, de paso, la dejó en Santa Ana Chiautempan para que se trasladara a Tlaxcala, atendiendo la reiterada insistencia de los amigos tlaxcaltecas.

Los periódicos tuvieron mucho que comentar en este viaje, que podemos considerar precursor de las giras presidenciales contemporáneas. La novedad del medio de transporte y la posibilidad de trasladar con rapidez y en forma compacta a un numeroso grupo de personas, produjo problemas en el alojamiento y atenciones a los visitantes; también hay que destacar, y ello fue muy comentado, que formaran parte de la comitiva señoras y jóvenes hijas de funcionarios e invitados.

² *El Siglo Diez y Nueve*, de México y *El Libre Pensador*, de Puebla.

No faltó, por supuesto, la crítica mordaz de algún periódico³ que criticó la ausencia de los diputados en la Cámara que participaron en la gira de cinco días; se hizo circular la versión de que intencionalmente había sido apedreada la locomotora del convoy explorador, y que se habían discriminado dando mala atención a los invitados privados, dándoles mala atención, etc.

Forma parte de este capítulo una nota que resume los antecedentes del Ferrocarril Mexicano para poder apreciar la significación de haber logrado poner en servicio un tramo de 150 kilómetros de ferrocarril.

Santacilia se quedó en México y Juárez le escribe el día 19, todavía desde Puebla, poniéndole al tanto de lo anterior e indicándole que los diputados Ramón Guzmán y Manuel Romero Rubio se regresan para integrar las planillas de las comisiones del Congreso. Juárez le hace saber a Santacilia lo siguiente: "Yo no les he hecho ninguna indicación ni los he autorizado para nada..."

Lamentablemente Plácido Vega sigue siendo problema. El gobernador de Sinaloa, Domingo Rubí, escribe a Juárez el 27 de septiembre, bastante preocupado por la serie de rumores. Propone que, dado que el erario local está muy pobre, se le autorice para disponer de los fondos de la federación, a fin de poder tener a la guardia nacional en condiciones de actuar con rapidez si la anunciada invasión de Plácido Vega se realiza.

Juárez escribe una amplia nota al pie de la carta, negándose a dar la orden para que se faciliten recursos de la aduana de Mazatlán al Gral. Rubí; apunta "que si llega a alterarse la paz, ocurra oficialmente al gobierno, a fin de que éste, en la órbita de sus atribuciones legales, dicte cuantas medidas sean convenientes para castigar a los revoltosos..."

El 29 de septiembre por la noche muere, en San Francisco, California, un mexicano valioso y patriota que, con todo acierto, cubrió un puesto clave en la lucha contra la Intervención francesa y el Imperio: José A. Godoy, cónsul en San Francisco.

³ *El Monitor Republicano*.

Su muerte ocurrió en forma dramática. Al presentarse a una recepción en el Hotel Occidental que se ofrecía a Mr. Seward y precisamente al darle la mano cayó muerto víctima de un ataque de apoplejía.

Su hijo, José F. Godoy, envió una carta a Juárez esa misma noche, y le trasmite el deseo que tuvo el difunto de que su cuerpo descansara en tierra mexicana.

En Veracruz, nuestro antiguo conocido, el eficaz y activo administrador de la aduana, José Antonio Gamboa, insiste en su actitud un tanto cuanto destemplada, pero bien intencionada, al cuidar se conserve el crédito del gobierno federal.

El 11 de octubre se queja de que la Tesorería general de la nación gira contra la aduana sin dar aviso previo y, sobre todo, en cantidades que superan a las disponibilidades, toda vez que los ingresos están comprometidos en otros giros aceptados con anterioridad.

El mismo día redacta una carta respetuosa, pero violenta, al Presidente de la República que, por ser su amigo y coterráneo, lo trata con gran familiaridad. En cambio, a Matías Romero, secretario de Hacienda, le envía una razonada pero enérgica carta, quejándose de los hechos antes señalados.

Con gran diplomacia, Juárez anota en la carta de Gamboa: que hablará con el ministro de Hacienda, y advierte que la orden que se le envió es para cumplirla si es posible, y en términos hábiles.

Habiendo transcurrido más de dos años del triunfo de la República sobre el Imperio, el gobierno encabezado por Juárez, sin esperar la expedición de una ley de amnistía que podía ser motivo de agitación y apoyándose en las facultades legales de que disponía, conmutó penas de prisión por confinamiento o por multas, redujo algunas de éstas, etc.

En capítulos anteriores hemos presentado correspondencia en relación con algunos de los casos más salientes, pero fueron abundantes y frecuentes las decisiones del gobierno para ir permitiendo que partidarios del Imperio pudieran ser perdonados.

Al revisar archivos y periódicos de la época, se observa que peticiones de clemencia o benignidad se presentaban casi todos los días,

por lo que Juárez tuvo necesidad de ponerse a examinar esta cuestión detenidamente y precisar su criterio. Producto de esas reflexiones es la nota hológrafa de Juárez, que lleva su rúbrica, y que aparece fechada el 2 de octubre, en la que hay dos listas encabezadas con la palabra "sí" una, y con la palabra "no", la otra.

Hasta 1957 este documento fue conservado por los descendientes de Juárez, quienes lo entregaron al gobierno federal; ordenando el Presidente Adolfo Ruiz Cortines que, junto con otros cien, se enviaran al Archivo de la Nación.

Probablemente los monosílabos que encabezan las listas se refieren a que se permitiría o no el regreso al país de las personas que aparecen en las listas, pues todas ellas se encontraban exiladas.

Los nombres de la lista afirmativa corresponden a personas de muy poca importancia, prácticamente desconocidas, excepto Joaquín Degollado, hijo de Santos Degollado, y Gregorio Barandiarán. En cambio, la lista de la negativa la encabezan Santa Anna, Leonardo Márquez, López Uraga, Fernando Ramírez, el Arzobispo Labastida, el obispo Ormaechea y continúa con personas ya de menor importancia; sólo nos son conocidas Joaquín Velázquez de León, Francisco de P. Arrangoiz y Mariano Degollado, otro hijo de Santos Degollado.

A principios de noviembre se hizo pública la autorización para que pudieran volver al país José Salazar Ilarregui, Joaquín Degollado, José. María Durán, Luis de Arroyo, Nicolás Portilla y Juan N. de Peredo.⁴

Un grupo de vecinos de Orizaba, del barrio de La Angostura, usando el telégrafo se comunica con Juárez el 23 de septiembre, para invitarlo a que apadrine la bendición del templo de San José de Gracia. Juárez acepta la invitación.

El hermano de Margarita, que reside en la ciudad de Oaxaca, contesta hasta el 28 de octubre la misiva de la esposa de Juárez, que hemos ya reproducido. No obstante que trata de mostrarse animoso en cuanto que aconseja a Margarita que se distraiga, el tono de la carta es de amargura y de pesimismo.

⁴ *El Siglo Diez y Nueve*, México, 8 de noviembre de 1869, p. 3.

La paz no logra cubrir por completo el territorio nacional y, en intervalos de corta duración, surgen brotes rebeldes, a veces pequeños, en ocasiones de importancia, que provocan intranquilidad y desasosiego. El gobernador de Michoacán, Justo Mendoza, informa a Juárez, el 2 de octubre, que en Coeneo se pronunció Juan Servín de la Mora, considerando que esto ha ocurrido instigado por el Gral. Epitacio Huerta, quien visita ese poblado por ser oriundo de él. Hace saber que el Gral. Nicolás Régules ya está tomando disposiciones para reducir a los rebeldes. Pocos días después, el gobernador Mendoza amplía su informe y se muestra satisfecho de que el Gral. Régules esté poniendo atención en pacificar el estado.

El 11 de octubre, el gobernador michoacano hace saber a Juárez que carece de recursos para cubrir la soldada de la guardia nacional, por lo que ocurre oficialmente "al gobierno general solicitando el auxilio de alguna cantidad de dinero que sería reembolsada más tarde con las rentas del estado..." "

Juárez le contesta que no es posible conceder el préstamo, pero que si las fuerzas locales no son suficientes para sofocar el motín de Coeneo, el gobierno federal enviará tropas para restablecer el orden.

Al principio, J. Mendoza consideraba que los sublevados no llegaban a 50, pero ya el 18 de octubre tiene que reconocer que han aumentado y que en Chucándiro ha ocurrido otra nueva sublevación y, en este caso, se trata de 180 hombres.

Se conoce que la situación de Michoacán es angustiosa, pues dos días después el gobernador insiste en destacar que la carencia de recursos económicos pone en riesgo la campaña contra los sublevados, al grado que podría suspenderse.

El 21 de octubre informa a Juárez que, toda vez que no es posible que con la guardia nacional y los recursos económicos del estado le haga frente a la sublevación, la Legislatura acordó "se pidiera al gobierno general el auxilio de fuerza armada necesaria para destruir la rebelión que en él ha estallado y volverle la paz a sus habitantes".

Al calce de esta carta aparece la anotación autógrafa de Juárez, en que ya se dan las órdenes oficiales al Gral. Régules, por conducto del ministerio de Guerra, para que proporcione el auxilio militar solicitado.

La madre del Gral. Zaragoza no recibe sino una reducida porción de su pensión. Juárez ordena se le proporcione lo más posible.

DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
EN LA APERTURA DEL CONGRESO DE LA UNIÓN

Septiembre 16 de 1869

Ciudadanos diputados:

Cumpliendo el precepto de nuestro Código fundamental, me es muy satisfactorio venir a felicitar a los representantes del pueblo en el V Congreso constitucional, que comienza hoy en el primer período de sus augustas funciones.

Lo mismo en la Unión que en los Estados, la renovación periódica y regular de los poderes públicos, desde que terminaron hace ya dos años las operaciones de la guerra, está demostrando cada día más la consolidación de nuestras instituciones.

Podemos también esperar, con fundados motivos, que las relaciones de la República con algunas potencias europeas, interrumpidas por la última guerra, irán restableciéndose de un modo justo y conveniente, en una época próxima. Las que mantiene la República con los Estados Unidos de América, se conservan en los mejores términos de una buena amistad.

Desde luego será sometido al Congreso un *Tratado de Amistad, Comercio y Navegación*, concluido recientemente con la Confederación de la Alemania del Norte. Por la buena disposición que han manifestado ya la España y la Italia y que igualmente se ha expresado por parte del Gobierno de la República, debe creerse que nuestras relaciones con esas dos potencias queden en breve restablecidas.

Entretanto, los nacionales de aquellos países o de cualquiera otro origen extranjero, residentes en México, no tienen ningún motivo de

queja y están disfrutando de la más amplia y segura protección en sus personas e intereses. Debemos confiar en que sea debidamente reconocida en el exterior esta conducta justa y benévola de la República. Habiéndose sometido ya las fuerzas que se sublevaron en Tamaulipas contra las autoridades del estado, se disfruta en toda la nación del bien inestimable de la paz.

Los intentos de un corto número de espíritus inquietos, que han pretendido turbarla, se han visto rechazados por la opinión general. Para mantener la paz, cuenta el gobierno con toda la fuerza que le da el derecho fundado en la ley y con el sólido apoyo de la opinión pública, que condena cualquiera pensamiento de apelar a las armas contra las autoridades emanadas del voto popular. Cuenta también con el respeto y la obediencia a las leyes que distinguen a nuestro ejército republicano, compuesto de los buenos ciudadanos que defendieron con tanto patriotismo la independencia y las instituciones nacionales.

Nada omitirá el Ejecutivo para cuidar de la conservación de la paz, que es el primero de sus deberes; y no duda que, para cumplirlo, le prestará el Congreso, si fuere necesario, su más eficaz cooperación.

La aplicación de la ley contra ladrones y plagiarios, en un reducido número de casos, ha producido ya un efecto conveniente para ahuyentar a los criminales y para contribuir al restablecimiento de la seguridad pública.

Trastornada profundamente nuestra sociedad, por efecto de una guerra tan prolongada, requieren todavía urgentemente la atención de los legisladores muchos objetos de interés público y varios ramos de la administración. Con el deseo de cooperar a estas importantes tareas del Congreso, presentará el Ejecutivo próximamente algunas iniciativas.

Una se referirá a las reformas aconsejadas por la experiencia en la ordenanza de las aduanas marítimas y fronterizas. Se propondrá, en otra, facilitar la enajenación aún pendiente de algunos bienes nacionalizados, admitiendo, en parte de precio, créditos de la deuda pública.

Otra iniciativa consultará modificaciones indispensables en las leyes de hipotecas que rigen en el Distrito Federal, para que se facilite el movimiento de la riqueza y no permanezca estancada la propiedad.

El Ejecutivo recomienda también la iniciativa que presentó en el último período de sesiones, sobre colonización y deslinde de terrenos baldíos.

No duda, igualmente, que merecerá una especial atención del Congreso el crédito público, tan importante para que un gran número de valores tengan vida y circulación.

En el justo anhelo que tenemos por los adelantos de nuestra Patria, debemos congratularnos, ciudadanos diputados, porque, en seguida de esta solemnidad de vuestra reunión, vamos a celebrar hoy en la ciudad de Puebla la conclusión del ferrocarril que la une con esta ciudad. Es un acto muy satisfactorio, para solemnizar también hoy el aniversario de nuestra independencia y para afirmar nuestros propósitos de promover que se realicen otras mejoras como ésta, tan interesantes para la prosperidad nacional.

Bajo estos felices auspicios, recibid, ciudadanos diputados, los sinceros votos que hago por el mayor acierto en vuestras deliberaciones, con la confianza que tengo en que, al terminar vuestras tareas dentro de dos años, vendrá el Ejecutivo a felicitaros por los bienes que habréis procurado a la República.

RESPUESTA DEL PRESIDENTE DEL CONGRESO,
DIPUTADO MARIANO RIVA PALACIO

Ciudadano Presidente de la República:

El Congreso siempre escuchará con grande interés todo lo que el Ejecutivo le comunique con relación a la paz pública, a la prosperidad y al buen nombre de la nación mexicana.

El Magistrado que en tiempos bien difíciles regía los destinos de la administración hace doce años, después de luchar con los terribles obstáculos que originaron las leyes ya sancionadas y consentidas por el país, y de oponer, sin vacilar ni un momento, la resistencia de la ley y del buen derecho a las fuerzas numerosas y aguerridas que invadieron el territorio, es el mismo que, investido del poder por el voto del pueblo, viene hoy pacíficamente a inaugurar el primer periodo de sesiones del V Congreso constitucional; y tal es también el adelanto moral y tanta la triste experiencia que en los tiempos pasados han adquirido los mexicanos, que es seguro que, a la conclusión del período constitucional, vendrá tranquilamente a depositar el cargo delicado de su gobierno en manos del sucesor que elija la nación.

Maléficas y dañadas sugerencias, u otras causas que no es oportuno recordar, produjeron una invasión de fuerzas europeas en nuestro territorio. México se vio obligado a acogerse a la regla general y recibida del derecho público que autoriza la propia defensa y se defendió y sostuvo, lo que todas las naciones civilizadas tendrán que sostener siempre, su independencia completa y absoluta, para darse, sin intervención extraña, la forma de gobierno que consideren más adecuada. Encontró en este mismo camino la aprobación de los hombres filósofos y distinguidos de Europa, y contó con las simpatías de las repúblicas hermanas del Sur y con el auxilio moral de la poderosa confederación de

los Estados Unidos, que no podía ver con indiferencia el trastorno completo, en el continente, de los principios republicanos. México cumplió con su deber; pero la pasada y necesaria lucha no ha dejado ni en el pueblo ni en el gobierno rastro alguno de odio o malevolencia y así el Congreso escucha con placer la grata noticia, de que no está distante el día de la reconciliación, y el momento en que, sin menoscabo de la honra y de los intereses nacionales, vuelvan a reanudarse las relaciones con las potencias extranjeras.

El Congreso se ocupará de preferencia en examinar el tratado concluido con la confederación de la Alemania del Norte, y mucho se complace en que el gobierno haya sabido también conservar la armonía y buena inteligencia, que para el bien de los dos países y para el incremento de la libertad y de la civilización deben reinar entre México y los Estados Unidos.

No era fácil esperar que, después de dura y larga época de guerra, tornase todo a un estado imperturbable de orden y regularidad, pero debemos felicitarnos ciertamente de que la autoridad se haya sobrepuesto a las dificultades y a los trastornos públicos; de que la seguridad necesaria para el progreso del comercio y de la agricultura se vaya cada día restableciendo; pero todavía es más satisfactorio, que todo esto, observar que en el espíritu del pueblo es ya general la convicción de que las revoluciones y las guerras civiles no han de mejorar ni física ni moralmente las condiciones de las cosas públicas. La lucha electoral, la plena libertad de imprenta y el respeto profundo a la Constitución y a las leyes, tales son los medios que para la mejora social tienen las instituciones democráticas, y tales los hábitos y las costumbres que deben fomentarse entre nuestros conciudadanos.

El Congreso, que no es más que la grande y augusta representación del pueblo, se pondrá a la altura de su misión sagrada que es la de la benevolencia, la de la reconciliación, la de la concordia; y representaría muy mal el bello y suave carácter nacional si no ayudase con sus esfuerzos al Ejecutivo en todo aquello que pueda producir el bienestar sólido de la sociedad y la paz, fundada, no en la fuerza de las armas ni en los patíbulos donde es siempre sensible cortar repentinamente el hilo

misterioso de la vida humana, sino en el amor y las instituciones, en las comodidades de la vida, en el trabajo, en la protección del comercio, de la agricultura, de las ciencias y de las artes; en la realización de las mejoras materiales, en las economías compatibles con la buena administración; fundada, en fin, en un gobierno dulce y paternal, que considere a todos los mexicanos como hijos de una misma familia y como dignos de ser todos participantes de los beneficios de la civilización y de las garantías de las instituciones liberales.

Yo no temo asegurar que, en este camino de justicia y de verdad, encontrará siempre el Ejecutivo la eficaz cooperación del Congreso; y la misma opinión natural y necesaria en los sistemas democráticos no hará sino contribuir en la confección de las leyes, a su mayor y más acabado perfeccionamiento. La imprenta libre y la oposición son, en los países donde se practica la libertad civil, los dos auxiliares más poderosos del gobierno.

Las iniciativas sobre aranceles marítimos, sobre hipotecas, sobre colonización y sobre los demás puntos de vital y grande interés, serán prontamente despachados; y me atrevo a asegurarlo en el sentido más favorable al comercio y al movimiento de la riqueza, de que tanto necesita la nación para llegar a la prosperidad a que la llama su destino.

La República ha debido, por todas las probabilidades humanas, sucumbir; mil pruebas terribles hicieron flaquear los ánimos más fuertes; mil dificultades y mil abismos han venido a ofrecerse ya por un motivo, ya por otro, a la marcha regular del gobierno; sin embargo de todo esto, la terrible tempestad que amenazó anegarnos ya va pasando; hemos rebasado sobre las ondas y estamos ya en un puerto, en donde no tenemos más que hacer sino reponernos con calma de los pasados contratiempos. Es menester repetir, que el solo hecho de instalarse pacíficamente el V Congreso constitucional, es un favor señalado de la Providencia Divina, la que prodigará, sin duda, sus bendiciones y sus beneficios a este pueblo, cuyos sufrimientos datan quizá de cuatro siglos y que terminarán, si unidos sincera y fraternalmente los mexicanos

olvidamos lo pasado para no ocuparnos más que de formar una nación generosa, fuerte, grande, por su civilización y por sus virtudes.

(16 de septiembre de 1869)

CRÓNICA DE LAS FIESTAS DE SEPTIEMBRE EN MÉXICO Y EN PUEBLA

I

EN MÉXICO

La noche del 15. Justo Sierra y Alfredo Torroella. Un
Sr. Blanco. Apertura de las Cámaras. Discurso de
Guillermo Prieto en la Alameda.

.....

La función del 15 se acabó como de costumbre, con los apretones de la muchedumbre, con las aclamaciones de siempre y con un aguacero terrible que dispersó a todo el mundo, y que apagó farolillos, hachones y candilejas, no quedando un momento después sino las tinieblas y los horrores del diluvio; entre los que marchaban con dirección a sus casas y a guisa de fantasmas nocturnos, veíanse la apuesta dama cuyo vestido de seda se enlodaba en los charcos, y cuyos cabellos postizos caían en el tumulto, los elegantes pedestres que afrontaban el chubasco con sus guantes blancos y sus botines de charol, y el humilde lépero que se alejaba silbando la marcha Zaragoza y el Himno Nacional, sin importársele un pito que el cielo se empeñase en lavar sus harapos tan a deshora.

A las dos de la mañana músicas, gritería, salvas y toda clase de rumores se habían extinguido, no quedando sino el monótono que hacía al caer el agua sobre los edificios y las calles. México dormía soñando con la inauguración del ferrocarril.

Por fin, al rayar la aurora, la salva de veintiún cañonazos despertó a los habitantes; los que habían de marchar a Puebla vistieron de prisa; a las ocho se hizo la apertura de la Cámara de diputados; inmediatamente

después se pasó a la Alameda, en donde Guillermo Prieto pronunció un discurso; pero todo esto al galope y como si el silbido de la locomotora estuviera apresurando a todos. El acontecimiento principal iba a tener lugar en la estación de Buenavista, y apenas si se apercebían los mexicanos de que había habido discursos en la Alameda; el mismo Guillermo Prieto, tan pronto como dijo su última palabra, se esquivó a las felicitaciones de la multitud y echó a correr con dirección a Buenavista, seguido de los rezagados, a quienes cada rugido de la máquina causaba palpitaciones de agonía, temiendo que los dejaran en la triste México que se quedaba desnuda de sus mejores adornos para enviarlos a su hermana la angélica, la resabiosa Puebla, con quien iba a trabar dentro de poco unas relaciones todavía no sabíamos si de las más cordiales.

II

EN EL CAMINO

La estación de Buenavista. Partida del Presidente de la República para Puebla. El vagón de honor. Llegada a Ácam. Llegada a Santa Ana Chiautempan. El gobernador Lira y Ortega. El cura de Santa Ana. La guardia nacional de Tlaxcala. Panzacola. Llegada a Puebla. El chubasco. La felicitación. Los alojamientos. Nuestra providencia en Puebla. El palacio episcopal y el Sr. canónigo Martiarena. La bohemia literaria.

La estación de Buenavista a las diez de la mañana del 16 presentaba un aspecto encantador; las tropas, vestidas de gran uniforme, formaban valla hasta la escalinata del paradero, y a un lado y otro de esta valla un océano de cabezas vivientes se agitaba presentando una diversidad infinita de semblantes, de trajes y de colores. Millares de apuestas damas estaban sufriendo allí el sol y las incomodidades del tumulto por tal de ver partir el tren de las diez.

Igual número de caballeros les hacían compañía y las gentes de las clases más humildes se precipitaban también como un torrente desbordado inundando la plazoleta de Buenavista y las calles adyacentes. Más de seiscientos carruajes, sin duda alguna, se mezclaban entre la multitud formando verdaderas barricadas, que eran asaltadas por los curiosos para ver mejor lo que pasaba en la estación, pues es de advertir que muchedumbre y coches se detenían ante la verja de madera que separa la plazuela del lugar del paradero y que estaba, defendida por un buen número de centinelas. Por allí no pasaban sino los convidados y a pie; más allá y dentro de la estación estaban colocadas las piezas en batería para hacer la salva cuando saliera el Presidente, y el lugar se hallaba más despejado, gracias a las precauciones tomadas por la policía.

La casa de la estación y los trenes todos estaban adornados con banderas nacionales, gallardetes, festones y guirnaldas. Una música militar hallábase situada junto al vagón del Presidente, y en fin, todo estaba dispuesto para honrar la presencia del Primer Magistrado de la nación y demás funcionarios de los Supremos Poderes federales, que debían partir en el tren.

Nosotros, en unión de nuestros inseparables compañeros de la prensa y de la literatura, fuimos a tomar asiento con toda calma y anticipación en los vagones respectivos. El orden de colocación de los convidados era el siguiente: inmediatamente después de la locomotora que debía de remolcar el tren, estaban los vagones en que iba la guardia de policía y después los de los invitados particulares, es decir, que no tenían carácter público; allí iban también las familias; luego seguían los vagones de los diputados y magistrados de la Suprema Corte de Justicia, y al último el del Presidente y secretarios de Estado.

A las diez un gran rumor nos anunció que el Presidente se acercaba; las bandas militares batieron marcha, las músicas hicieron oír los acentos del Himno Nacional, los soldados presentaron las armas, y la artillería hizo la salva de veintiún cañonazos que previene la ordenanza. El humo comenzó a desprenderse en gigantescos penachos de la chimenea de la locomotora, el vapor dejó escapar sus agudos silbidos, y a las diez y cuarto el tren partió para Puebla, en medio de una aclamación

universal, y precedido de una locomotora-correo que a una distancia de quinientos metros caminaba delante para prevenir, en caso ofrecido, cualquier peligro en la vía férrea.

Pronto desapareció a nuestra vista la hermosa México con sus grandiosas torres, sus soberbias cúpulas y sus inmensos jardines y calzadas; pronto también dejamos atrás la villa de Guadalupe, con sus colinas desnudas y pedregosas; las llanuras cada vez parecían menos verdes y habitadas, y sin detenernos en ninguna de las estaciones anteriores a Ápam, entramos en esa vasta faja de planíos que se llaman los Llanos de Ápam, y que recuerda por su uniformidad, por su falta de arboledas y por la forma de sus colinas achatadas, los desiertos del Norte. En efecto, en esa región de los vientos no se ve por todas partes más que el maguey en asombrosas cantidades, que forma la riqueza de los llanos y que mantiene la sangre de los cloróticos hijos de México, derramando todos los días su jugo vivificante en un Niágara de corambres que corre incesante desde Ápam hasta las garitas, y se distribuye inmediatamente en los infinitos receptáculos, adonde el pueblo se precipita a saborear el sagrado licor.

Cuando nosotros veíamos las llanuras estériles de Ápam, en donde el sol parece abrasar la tierra, y en donde el viento levanta remolinos de encendido polvo, semejante al *simoun* de los desiertos libios; cuando por toda compensación no se ofrecía a nuestra vista fatigada y, por decirlo así, sedienta, más que el verde triste de las pencas del agave insuficiente, incapaz de ofrecer a quien no le conozca un refrigerio, no pudimos menos de comparar a la famosa Xóchitl histórica o legendaria con aquel caudillo de Israel, que acosado por su pueblo para que le diese agua, la hizo brotar de una peña al toque de su vara de mago. ¿Qué otra cosa ha sido la princesa Xóchitl sino el Moisés del pueblo azteca, sacando del corazón del ingrato *metl* el blanco y sabroso *neuctli* que había de apagar la sed de los indios, no sólo en aquel instante sino en el tiempo futuro, y como diría el cura de Ápam, predicando sobre ese éxodo azteca, hasta la consumación de los siglos?

Parece mentira, nos decía un compañero, que lo que trastorna las cabezas allá en la hermosa capital de México, y ocasiona tumultos y

bullicio y algazara y aun pronunciamentos y trastornos de la República, salga de esta llanura tan silenciosa y tan triste, en que parece que ni el rugido de la locomotora halla eco, ni los pájaros nido, ni el viajero fatigado lugar donde guarecerse. Uno que otro *manoir* feudal se levanta ceñudo acá y acullá y a grandes distancias. ¡Cualquiera diría al divisar esas mansiones que parecen encerrar a nobles de la Edad Media, que allá ha fijado su morada el orgullo aristocrático, que se rodea de homenajes y que levanta la cabeza sobre la multitud, como el castillo la levanta sobre las humildes chozas del pechero!

¡Cualquiera diría que hay allí sala de armas, heraldos, capellanes y bufones!

Pues no, señor, gracias a Dios, allí tiene su nido cuando más, el descendiente del antiguo encomendero explotador de los indios; cuando más, allí pasa sus regalados días el gordinflón administrador de algún opulento capitalista de México, que vive merced al *neuctli*; pero que ni por mal pensamiento ha creído conveniente poner en el escudo de su coche blasonado un maguey y un corambre como el símbolo de su alta nobleza.

Tal es el castellano de las mansiones feudales que se divisan en los Llanos de Ápam; y si no encontráis en esa especie de fortalezas sala de armas ni capilla, en cambio encontraréis tinacales, y cueraje, y acocotes; es la feudalidad del pulque, es la *pulcocracia* en su hermosa y desnuda sencillez; no como se presenta en México trasformada en nobleza de sangre, sino como la retrata la naturaleza, santificada por el trabajo, y verdaderamente ennoblecida por la utilidad. Pero id a decir eso a alguna locuela rica que debe sus joyas, su carruaje y su lujo al pulque, y os arrancará los ojos.

¡Puff! —hemos oído exclamar a más de una joven elegante envuelta en sedas y en blondas, apartando el rostro al pasar por una pulquería, donde se entretienen haciendo libaciones algunos buenos hijos del pueblo— ¡qué espantoso olor despide este lugar!

—Perdone usted, señorita, y no lleve a la nariz el rico pañuelo empapado en esencia de violeta, con un ademán tan aristocrático. Ese vino que despide tan mal olor, es el que ha procurado a usted los

perfumados trajes que lleva. Si yo fuera dueño de hacienda de pulques, aspiraría con voluptuosidad ese olor al que debería tan grandes beneficios.

Pero de repente el tren se detuvo y dio fin a nuestras filosóficas reflexiones: estábamos en Ápam, o para expresarnos con más exactitud, frente al pueblo de Ápam, que se divisaba a poca distancia con su pequeña iglesia triste y fea, con sus caseríos sucios y con sus callecitas solitarias; ni un árbol hay en ese pueblecito adonde no quisiéramos que nos confinaran porque nos moriríamos de tedio; ni un mal huertecillo, ni una enramada de calabazas ni de chayotes. Fuentes, Dios las dé; flores, sólo que se produzcan debajo de tierra: francamente no sabemos qué diablos haya en ese Ápam tan polvoroso y tan lóbrego como un nido de hurones.

Pero volviendo a la estación, solemne chasco nos habríamos llevado si no hubiéramos confortado nuestros estómagos con un regular almuerzo antes de meternos en el tren. Sólo hay en el paradero de Ápam una mala cantina con media docena de tortas conteniendo en su seno los manimientos del día anterior, aguardiente rasposo como un cepillo de ropa; y más allá, una barraca levantada sobre un montón de piedras, que contiene a una indígena fabricante de enchiladas y profesora de alquimia, pues convierte en chile, en masa, en cebolla y en carne todo lo que encuentra a la mano; y aun así, fortuna es y grande poder conseguir de ella una de sus chalupas adoríferas, capaces de indigestar al padre Saturno.

Después de quince minutos de detención, el tren continuó su camino; ya entonces, nosotros, por una sonrisa de la suerte, nos encontrábamos metidos en el vagón del Presidente y de los ministros. Allí; disfrutamos de las delicias de un lunch succulento, y con el bienestar que esto produce pasamos las horas muertas frente a Guillermo Prieto, que se hallaba expansivo en el más alto grado por la misma causa.

Antes de llegar a Santa Ana Chiautempan, y apenas tocamos el lindero del estado de Tlaxcala, nos encontramos a la guardia nacional del mismo, tendida a uno y otro lado del camino: estos soldados, que, según su institución, no reciben prest ni hacen el servicio permanente, no tenían

más uniforme que su humilde vestido de todos los días; pero aun así nos dio gusto ver a la guardia del pueblo, guardia modesta es verdad, pero no por eso menos digna de respeto y de aprecio, como que es la custodia de las leyes.

Semejantes soldados, como los de Guerrero, como los de Oaxaca y de Veracruz, luego que hacen su servicio se retiran a sus casas llevándose su fusil, y acuden tan pronto como se les llama con un tambor o con un simple aviso. El pueblo tlaxcalteca de hoy es patriota, leal, enemigo de revueltas y motines, y aunque pobre, parece tranquilo y feliz a la sombra de su gobierno.

Al llegar a Santa Ana Chiautempan escuchamos un gran rumor: era el vecindario de allí y de los pueblos comarcanos y aun del mismo Tlaxcala, que había acudido en masa a ver pasar al Presidente, dos pequeñas piezas de artillería hacían una salva y tres o cuatro músicas tocaban el Himno Nacional como Dios les daba a entender. Dos o tres compañías de guardia nacional, uniformadas, hacían los honores, y en las enramadas del camino se apiñaba literalmente la multitud. Veíase en todos los semblantes retratado el regocijo más puro y más espontáneo: las aclamaciones atronaron el espacio, y los ¡vivas! a Juárez fueron universales y repetidos. El Presidente, profundamente conmovido, porque la verdad es que él se muestra un poco reservado delante de la multitud de las ciudades populosas, pero es expansivo, franco, y no oculta sus emociones en presencia del pueblo humilde y sincero del campo, fuertemente conmovido, repetimos, tuvo que salir a la pequeña plataforma del vagón para victorear al estado de Tlaxcala, a la República y a la libertad.

Inmediatamente después se vio precisado a entrar de nuevo en el vagón para recibir al gobernador Lira y Ortega, que con los funcionarios de su estado venían a saludarle; es el gobernador el tipo más perfecto del hombre del campo en su más sencilla y buena expresión; se retratan en su semblante la honradez más acrisolada, la serenidad de una conciencia pura y la firmeza de principios de un alma republicana por organización; sin pretensiones, sin altivez, modesto como debe ser un funcionario demócrata, este hombre recuerda por su aspecto la figura del inmortal

Guerrero, y remontándonos más allá, la figura de aquellos republicanos de los antiguos tiempos que dejaban el arado para venir a gobernar un pueblo.

En obsequio de la verdad, el Presidente y los ministros parecen tener en tan alta estima las virtudes de un magistrado tan sencillo, que le recibieron con las muestras del más grande afecto y respeto.

Él no trajo discursos; comprendió con su buen sentido campesino que los discursos para un viajero son fatigosos, y se contentó con dar la enhorabuena en términos lacónicos pero expresivos por la gran mejora que iba a quedar establecida con la vía férrea; luego se despidió, bajó del vagón y fue a confundirse entre la muchedumbre tlaxcalteca que le hizo un lugarcito como a cualquiera hijo de Adán. Francamente nos dio gozo ver a un gobernador tan raro en estos tiempos, en que apenas ocupa un hombre la silla de un estadito se convierte luego en una especie de gran duque de la confederación alemana.

Momentos antes veníamos hablando con el ministro de la Guerra, dándole noticia de un cierto cura de Santa Ana Chiautempan, que otra vez, cuando se inauguró el tramo de ferrocarril hasta ese pueblo, nos sorprendió por las ideas de verdadera ilustración que emitió en su brindis y repetimos algunas de sus palabras conservadas en nuestra excelente memoria, que parecieron a todos dignas del mayor aplauso. Manifestaban deseos de conocerle, cuando, en unión del gobernador de Tlaxcala, se presentó a felicitar al Presidente con una comisión del pueblo de Santa Ana. El cura dijo un pequeño discurso que llamó la atención de todos por su ilustración, por sus ideas verdaderamente cristianas y por el noble y puro patriotismo que campeaba en él; las palabras que acabábamos de repetir fueron oídas de sus labios con su sencilla elocuencia y dichas con una entonación oratoria que hace honor a su talento y a su educación literaria. El Presidente y los ministros quedaron muy contentos del eclesiástico, y esto es una prueba de que los pastores fieles a las máximas de progreso y caridad del fundador del cristianismo inspiran a los demócratas simpatías y respeto.

Una vez terminada la pequeña ceremonia oficial, el pueblo siguió en sus aclamaciones, el Presidente salió por segunda vez a la plataforma,

escuchó con bondad las alocuciones que varios hijos del pueblo le dirigieron agrupados en su derredor, y se dio la orden de partir.

Nosotros estamos convencidos de que todas esas manifestaciones del sencillo pueblo tlaxcalteca fueron espontáneas y sinceras, porque el hombre que como Lira y Ortega es acogido entre su pueblo como un padre, parece incapaz de obligar a ninguno a tributar homenajes oficiales.

A poca distancia de Santa Ana Chiautempan y teniendo todavía a uno de nuestros costados la mole inmensa e imponente de la Malinche, coronada entonces de nubes, comenzamos a contemplar un paisaje más risueño y más animado. Estábamos caminando por el nuevo tramo de ferrocarril y entrábamos en el hermoso valle de Puebla, capaz de alegrar por su belleza al más cansado viajero; se sentía la aproximación de una ciudad populosa; ricas y soberbias casas de campo se elevaban en la llanura, brotando entre los verdes sembrados a cada curva del camino. Allá se divisaba un pueblecillo con su alegre campanario y su blanco caserío; acullá se veía paciando a un rebaño sobre las lomas llenas de grana. Las vistosas y risueñas alquerías se sucedían unas a otras y parecían una familia dispersa en el valle, y como los centinelas avanzados de la gran ciudad. Extensas arboledas y numerosos arroyos serpenteando para derramar en la llanura las aguas de la cordillera, y praderas cubiertas de vegetación, y chozas de labradores y pequeñas ventas bordando a lo lejos al antiguo camino carretero, y todo ese conjunto pintoresco y palpitante que parece como animarse con el aliento de un gran centro de población, iba desarrollándose ante nuestros ojos.

De repente nos detuvimos algunos minutos en Panzacola; allí encontramos detenido el tren de artesanos que había partido de México a las ocho de la mañana; los malaventurados estaban allí como en jaula. Con todo, su mal humor no debió haber sido mucho, pues nos recibieron con alegres vivas y exclamaciones.

No quedaron, sin embargo, contentos al vernos continuar antes que ellos nuestra marcha hacia Puebla, adonde por instantes nos aproximábamos.

Ya veíamos a la hermosa ciudad extendida a corta distancia, con sus altas torres, y sus alicatados cimborrios que brillaban a los rayos del

sol poniente destacándose entre el fondo oscuro de los árboles, semejantes a los minaretes de una ciudad oriental. Oímos primero un inmenso zumbido, y como el tren caminaba a todo vapor, a pocos pasos, pero todavía como a una milla de la ciudad, nos encontramos un inmenso gentío que nos esperaba en masa en pie sobre los dos costados del camino. Entonces la locomotora, cual si quisiera saludar por primera vez con el acento de la civilización a la asombrada Puebla, lanzó un rugido poderoso que hizo estremecer los ecos del valle, agitó soberbia su regia corona de vapor y de humo, y rápida como el rayo, rodando sobre aquellos rieles vírgenes todavía, llegó hasta las puertas de Puebla en medio de los gritos inmensos de júbilo del repique a vuelo de las campanas, de los acentos armoniosos del Himno Nacional y del estallido del cañón, cuya voz imponente no era entonces sino la respuesta pacífica de la voz del vapor que saluda al Dios de las alturas con el himno del trabajo y trae paz a los hombres de buena voluntad.

En tales momentos, estamos seguros, no había un corazón verdaderamente mexicano, que no latiese con violencia a impulsos de una emoción poderosa; pocos ojos permanecieron secos, porque estas solemnidades del progreso y de la industria sólo dejan de conmovér a los egoístas y a los mentecatos.

Una sola circunstancia vino a sacarnos de nuestro arrobamiento. La tarde había estado serena; aún se tendía en el cielo, cuando llegamos, un hermoso arco-iris; pero en los momentos mismos en que el gobernador del estado de Puebla con su numerosa comitiva, precedida de los maceros y vestida de rigurosa etiqueta, se acercaba al vagón presidencial y saludaba al Sr. Juárez, las nubes se rompieron y descargaron sobre nosotros una catarata tremenda.

Era agua del cielo; por consiguiente, entrábamos bajo buenos auspicios, y un pagano supersticioso no hubiera tenido sino motivos de felicitarse, porque los elementos contribuían con lo que tienen de más poderoso y magnífico a la gran fiesta. Bajamos y nos refugiamos en la casa de la estación en la que tuvimos la ventaja de recibir el agua a chorros y coladita. Sobre más de cuatro de nosotros cayó el torrente por bueyes, pero en cambio nos daba el lodo hasta los tobillos.

La gente de los otros vagones permaneció en ellos hasta que cesó el temporal.

Dirigímonos en seguida al palacio, donde tuvieron lugar las felicitaciones de estilo.

Mojados como estábamos hasta los huesos, escuchamos los discursos y saboreamos las flores retóricas, enjugando nuestros cabellos y sintiendo deslizarse el agua por nuestros bolsillos, lo que nos quitó gran parte del placer literario que habríamos tenido en conocer la elocuencia angelopolitana.

Ni nos acordamos de lo que dijo el gobernador, pero ya se supondrá que manifestó el gran placer que tenía Puebla en recibir en su seno al Primer Magistrado de la nación, y más todavía por el motivo plausible que le había traído desde México: el progreso, los ferrocarriles, el patriotismo, la futura prosperidad de Puebla, las instituciones, etc., etc., fueron los átomos oratorios que compusieron, uniéndose, esa pieza oficial.

El Presidente de la República contestó en breves pero significativas palabras, y su discurso estuvo lleno de sensatez y de patriotismo.

Pocas veces hemos oído expresarse al Presidente con tal fluidez y con tan felices conceptos.

Los demás empleados dijeron cada uno su *speech* y se disolvió la reunión, entrando el Presidente a sus aposentos.

Los demás, convertidos en dioses acuáticos, nos echamos a discurrir por esas calles de Dios en busca de albergue.

Deparónos la fortuna, o más bien dicho, la solicitud del gobernador, a una estimabilísima persona a quien encargó de alojarnos en nuestra calidad de ministros de la Suprema Corte de Justicia. ¡Oh!, y cómo nos salvó la dichosa fiscalía del grave peligro de ir a dormir en el pajar de un mesón, o de deber la hospitalidad a alguna vieja figonera de barrio, que nos hubiera sacado un ojo de la cara por el gran beneficio de hacernos dormir entre los insectos de la familia.

El Sr. Lic. don José de Jesús Inzunza —¡Dios le dé la gloria!— fue nuestra providencia, y debimos a su exquisita bondad el habernos guiado

al palacio del obispo y el habernos presentado al digno y hospitalario Sr. Martiarena, canónigo de aquella catedral, el cual nos introdujo en los aposentos dispuestos para nosotros, es decir, para los magistrados de la Suprema Corte.

Debemos decir, para inteligencia de los lectores y amenidad de nuestra crónica, que la alegre bohemia literaria en cuya compañía habíamos ido, se había alojado entretanto en un cuarto confortable del bendito mesón del Mercado, habitado en su totalidad a esas horas por una parvada de honradas golondrinas de México y de Puebla, cuyas maneras edificantes hacían recomendable desde luego aquél albergue, en nada diverso de la famosa venta en que se armó caballero el de la triste figura.

En efecto; las doncellas que allí se hallaban parecían serlo tanto como aquellas que rieron en las barbas de Don Quijote al oírse apellidar tales; y en cuanto a cama, podía decir el ventero del Mercado a nuestros bohemios de la literatura, qué amén del lecho, todo lo demás se hallaría en ella con mucha abundancia; y también, que en esa choza tendrían seguridad de hallar ocasión para no dormir en todo un año, cuanto más, en una noche.

Los bohemios se albergaron resignados; pero sacárnoslos nosotros de tamaño apuro, yendo a traerlos para trasladarlos a la espléndida mansión del Obispo, adonde les esperaba el confort con todas sus seducciones y delicias.

Allí estaban los departamentos de los ministros de Guerra y Hacienda, ¡magníficos! ¡magníficos!; luego seguían los de los magistrados de la Suprema Corte, que estaban amueblados con camas de bronce, mesas de mármol, grandes espejos y lujosos tocadores.

Francamente, todo esto nos pareció superior a nuestras exigencias, y preferimos habitar un departamento más modesto aunque no menos cómodo, en donde podíamos estar reunidos los susodichos bohemios en buen amor y compañía. Dejamos, pues, a los graves magistrados en sus camas de bronce y sus sofás de brocatel, y nos metimos alegres en aquellos aposentos que bien pronto iban a convertirse en el santuario de la alegría y del bullicio.

¡Oh!, allí nada nos hacía falta; teníamos lavamanos y jarrones de cristal glacé, lindos tocadores, pomos de aceite de violeta, jabones de rosa, polvos para los dientes, cosméticos y cuanto pudiera desear, no nosotros, sino la loreta más refinada, apetecibles camas de hierro y de bronce con buenos colchones, sábanas de Holanda y almohadones de pluma; y por último, tres criados inteligentes que esperaban nuestras órdenes cruzados de brazos.

¡Oh! la hospitalidad episcopal verdaderamente nos hizo amable el seno de la iglesia. ¿Quién era más dichoso que nosotros en Puebla?

Todo lo debimos al bueno y respetable canónigo Sr. Martiarena; a los cuidados del Sr. Romero Vargas y a la amabilidad del Sr. Inzunza.

No quedaríamos contentos de nuestra crónica si no incrustáramos en ella este voto de gracias que nos dicta el corazón.

III EL BAILE

El Teatro de Guerrero. Las señoras de México. Los jóvenes de México. Las señoras de Puebla. Causas probables de su ausencia. La orquesta. La Locomotiva de Melesio Morales. El buffet.

A las nueve de la noche del mismo día 16, el Teatro de Guerrero, espléndidamente decorado e iluminado, abría sus puertas a la numerosa concurrencia invitada con algunos días de anticipación por la empresa del ferrocarril. A las diez, todo el local se encontraba lleno de gente; el salón, los palcos, las galerías, por dondequiera se hubiera buscado en vano un pequeño vacío.

En el vestíbulo y en el callejón por el que se entra al teatro se apiñaba una multitud llena de curiosidad, el salón del teatro estaba iluminado con 16 magníficos candiles, y los palcos se hallaban adornados con hermosas cortinas rojas con flecos de oro; en el escenario donde se hallaba la gran orquesta dirigida por Melesio Morales, había numerosos

trofeos de armas y pabellones nacionales en vistosas combinaciones; en suma, el Teatro de Guerrero, que dista mucho de ser tan espacioso como nuestro gran Teatro Nacional, pero que es sin embargo bastante bonito, se hallaba deslumbrador.

Nos es difícil asentar los nombres de las elegantísimas damas de México que allí se encontraban. Eran tantas que perderíamos la cuenta y temeríamos omitir, contra nuestra voluntad, algunas de importancia; pero bástenos decir que casi todas las que allí había y que resplandecían de belleza, de lujo y de buen gusto, eran hijas de México; eran el encanto de los salones de la capital; el ornamento de nuestros paseos y de nuestros teatros; la flor y nata de la juventud y de la hermosura.

El jardín de México se había quedado sin sus más pomposas flores para enviarlas a formar el incomparable ramillete que se ostentaba esa noche en el Teatro de Guerrero, y que difícilmente volverá a tener igual.

¡Oh!, no era necesario conocer personalmente a todas las damas de la sociedad mexicana para distinguirlas y para asegurar que eran ellas. La mexicana se conoce en todos los puntos de la República por la gallardía y el donaire con que sabe llevar su traje y su tocado, por el buen gusto de los colores y adornos que escoge, y por esa gracia, y esa distinción aristocráticas que parecen innatas en ella, y que se perciben a distancia como se percibe el perfume de las rosas.

Los tocados y trajes de las señoras esa noche eran hermosísimos. A veces el brillo de los diamantes brotaba en mil chispas entre una cabellera negra y flotante sobre una espalda de marfil. A veces ricas perlas mal cubrían un palpitante seno de rosa; otras era una simple camelia roja plantada sobre rizos de ébano y como formando el digno coronamiento de una frente de alabastro, o blancas rosas cuyas guías de esmeralda se dejaban caer sobre nubes de blondas.

Pero diamantes, perlas y flores no hacían más que añadir los encantos del lujo y del buen gusto a aquellas bellezas cuya seducción principal consistía en la dulce expresión de los ojos azules o en la ardiente languidez de los ojos negros; en la amorosa sonrisa que movía todos aquellos labios de granada y de mirto; en la delicadeza de las formas de aquellas mujeres a quienes puede llamarse a justo título las

griegas de México; en la flexibilidad de aquellos talles que se cimbraban como un junco al compás de la música; en la morbidez de aquellos brazos que parecían modelados en los de las antiguas estatuas, y en la finura de aquellas manos, y en la pequeñez y perfección de aquellos pies de hada que apenas tocaban la alfombra, y que no se veían sino merced al brillo del blanco raso que los cubría.

Cada beldad era la realización de un sueño de poeta, era el ideal de un enamorado de veinte años. México había llevado a Puebla con sus ángeles los perfumes del Paraíso y los resplandores de la eterna dicha.

Pero ¡ay! todos estos ángeles sin alas se ahogaban literalmente entre las oleadas que formaban la juventud masculina, también aderezada con la elegancia más rigurosa. La crema de nuestros leones estaba haciendo digna compañía al bello sexo mexicano.

Todo allí era México, todo allí nos recordaba las grandes reuniones de la capital, y sin ver los palcos y sin apercibirse de la estrechez del teatro, podía uno figurarse que se hallaba en el salón del Nacional, o que asistía a una de las elegantes tertulias del Casino Español o de la Lonja.

Nada veía uno que protestara contra aquella traslación que se hacía en espíritu de la Puebla de los Ángeles a la México de las diosas. ¿Y cómo podía pensarse que era Puebla la que nos abrigaba en su hospitalario seno, cuando ningún semblante estaba allí para indicárnoslo?

Cuando decimos ningún semblante, no debe tomarse al pie de la letra, porque había cosa de diez semblantes poblanos que vagaban perdidos entre la muchedumbre de México; pero como diez semblantes eran un número muy pequeño comparativamente a la mayoría mexicana, casi pasaron inapercibidos, menos para nosotros que a fuer de cronistas fieles tomamos nota de ellos; y ya se verá que tampoco las hermosas a quienes pertenecían podían llamarse rigurosamente poblanas. Eran las Sritas. Marrón —nativas de Veracruz—, las Ambiel —nativas de Orizaba—, las Zárate —nativas de Jalapa—, y sólo las Arrioja y las Guadalajara eran nativas de Puebla; y aun estas últimas llevan un apellido que por lo menos geográficamente pertenece al estado de Jalisco.

—¿Pero adónde están las paisanas de usted? preguntamos a un joven literato de Puebla, a quien suplicamos que nos indicara sus nombres para asentarlos en nuestro carnet de cronistas.

—¿Mis paisanas —nos dijo ruborizándose el amable joven— se hallan por ahí, confundidas entre las mexicanas; pero yo se las iré señalando a usted.

Colocámonos, en seguida, en un lugar desde el que podíamos pasar revista a todas las parejas que bailaban a la sazón una danza. Pasaba una y decíamos volviéndonos a nuestro cicerone: —¡mexicana!— pasaba otra y —¡mexicana! y ¡mexicana! y ¡mexicana! y ¡mexicana! seguimos diciendo más de cien veces. Nos interrumpimos algunos para decir ¡esta no!; entonces nuestro interlocutor nos mencionó los cinco nombres antedichos que escribimos con un lápiz en la vigésima parte de una pequeña tarjeta. ¡Y habíamos llevado un librito de memorias para asentar la lista!

Contrariados por esto nos volvimos de nuevo al joven literato.

—¿Adónde están por fin las paisanas de usted? —le dijimos de nuevo.

Él, un poco apurado, nos contestó:

—Me parece que se hallaban en los palcos; creo que bajarán un poco más tarde; usted ve cómo está el salón.

Nosotros, curiosos como todo cronista, fuimos a examinar los palcos y plateas; en éstas no vimos más que familias mexicanas; en los palcos primeros había una que otra señora poblana destacándose del conjunto de las de México. No tuvimos paciencia para examinar los segundos ni los terceros, ni la galería en que nos dicen que estaba representada la ciudad de los Ángeles.

—Francamente, amigo mío —dijimos al susodicho literato—, las paisanas de usted no han venido; ¿presume usted las razones?

—Es extraño —nos replicó—; el señor gobernador y todos nosotros estábamos convencidos de que vendrían; yo sabía que algunas amigas habían encargado trajes, castañas y guantes a México, y no me parece que haya sido semejante gasto para echarse por ahí a recibir la lluvia; créame usted, estoy mortificado. ¡Qué dirán ustedes!

—Hombre, a lo sumo podríamos decir que las damas de México habían venido a bailar como en teatro alquilado. Pero no es lo sensible lo que se podría decir, sino la ausencia de las hermosas poblanas.

Nuestro interlocutor se dirigió a otro joven poblano que llevaba un delicioso chaleco de piqué blanco, y que aparentaba ser muy ceremonioso.

—¿Qué le parece a usted, mi querido X, de la ausencia de nuestras paisanas? ¡Qué dirán estos señores de México!

—Estos señores de México deben ser bastante amables para no llevar a mal el que las poblanas no hayan concurrido esta noche: el temor de no parecer bien en presencia de tan hermosas y elegantes damas como han venido de la capital, las ha retraído; de modo que más bien debe atribuirse a timidez que a insociabilidad y a inhospitalidad y a poca liberalidad y aun a malignidad la supradicha ausencia de nuestras bellas cuanto simpáticas y estimables paisanitas.

El joven literato hizo un gesto al oír tanto nombre en *ad* y se contentó con repetir en tono menos enfático: —¡van a decir que son urañas!, ¡van a decir que no tenían vestidos, o van a decir que odian a los liberales y que no quieren ponerse en contacto con ellos!

—Es lo más probable —repusimos nosotros—, pero tal vez no sea creída tal razón; porque la verdad es que los liberales, los odiosos, los repugnantes, los plebeyos, los que no nos hemos atrevido a traer corbata blanca por no ponerla en contraste con el color de nuestro rostro, estamos aquí en minoría y no sabemos bailar. Toda esa juventud que ven ustedes ahí, es juventud aristocrática que pertenece a las casas que se han reputado nobles en México; juventud que quizá amaba el Imperio, que quizá nos detesta, pero que sociable ante todo se mezcla con nosotros en las reuniones y nos trata conforme a los preceptos de la educación. Por otra parte, las invitaciones para el baile no han sido dadas por el Presidente, ni por los jacobinos del Congreso, ni por los próceres de la desamortización, ni por ningún excomulgado, sino por los señores de la empresa del Ferrocarril, sobre quienes no pesa ninguno de los anatemas de nuestros enemigos. Todavía más; parece que cuando la aristocracia mexicana y la potosina, y la jalisciense, y la queretana, no han creído

conveniente mantenerse retraídas para las reuniones sociales en que sabían que iban a encontrar a centenares de republicanos, la poblana no puede, sino haciéndose muy singular, y creyéndose que ella sola es la depositaria del sacro fuego del rencor imperialista, observar una conducta diferente.

De todos modos esta razón no ha de ser plausible; la harán jugar con empeño algunos interesados para hacer creer que el partido liberal es aborrecido, que es un partido de abominación, que su contacto mancha y que se huye de él como de la peste; pero la gente sensata no hará caso y se reirá de este empeño, contemplando con ojo filosófico las reuniones de nuestros paseos, de nuestros teatros y de nuestras tertulias.

Así, pues, la discusión sobre las causas de la ausencia de las poblanas en la presente noche, va a girar sobre los otros motivos.

Interrumpimos nuestra conversación porque notamos que la concurrencia escuchaba silenciosa los primeros acordes de la gran pieza musical de esa noche, anunciada como un acontecimiento, y que en nuestro concepto no era indigna del anuncio.

Melesio Morales, su autor, le puso por nombre La Locomotiva. Más de cien músicos, dirigidos por el distinguido maestro, ejecutaban la pieza, en que el compositor, a semejanza de algunos célebres maestros alemanes, hizo prodigios de imitación armónica, inventando a propósito nuevos instrumentos para reproducir fielmente el rugido del vapor, el silbido de la máquina y hasta el rodar de los carros en los rieles de fierro.

La pieza propiamente pone en escena, por decirlo así, si no a nuestros ojos, a nuestros oídos el ferrocarril de Tlalpan. Después de algunos preludios de la orquesta escúchanse los cascabeles de las mulas que conducen los vagones del centro de la ciudad a la estación, donde espera la máquina; se oye el silbido de ésta; el ruido sordo y acompasado que hace el vapor al escaparse de la caldera, el estridente choque de las llantas de fierro al caminar el tren, y todo mezclado con armonías singulares que parecen un himno entonado por gigantes a la civilización del siglo XIX.

El maestro Morales ha hecho una pequeña obra maestra, un capricho delicioso que aumentará su nombradla en el mundo musical.

Una salva de aplausos y millares de ¡bravos! saludaron al joven autor, y más tarde, a las cuatro de la mañana, se le pidió la repetición de la pieza y se le tributó una ovación más entusiasta todavía.

Después de La Locomotiva siguió el buffet. Servido por Fulcheri, no hubo más que pedir. Era tal el número de señoras concurrentes, que no cabían en el larguísimo salón dispuesto para tal objeto; así es que fueron obsequiadas por tandas hasta que quedaron los hombres solos.

Nosotros nada de esto vimos, y habiendo tenido el honor de acompañar a una hermosa dama de México a la mesa, suplicamos a un caballero, amigo nuestro, que la obsequiase haciendo nuestras veces y nos retiramos atacados de un violento dolor de cabeza.

El dolor importuno que nos ocasionaron la fatiga del viaje y la mojada, lo que es una rareza en nosotros, acostumbrados a las caminatas de cien leguas a caballo y a sufrir las inclemencias del tiempo, nos condujo a pensar que tal vez habría sido más conveniente haber dejado el baile que se verificó esa noche, para la siguiente, a fin de dar tiempo a los viajeros para descansar, a las viajeras para adornarse con menos precipitación y evitar jaquecas y calosfríos.

No todos los que estábamos allí nos hallábamos en la primera juventud, y natural era suponer que con el aguacero encima, con la busca de albergues y con el grande asunto de encontrar los equipajes, iban a pasarse largas horas, a rabiarse los padres de familia y a pescar un resfriado los hombres acostumbrados a la vida sedentaria.

Los desgraciados que tuvieron la indiscreción de ir desde México en traje de baile, y el único, y se mojaron, ya tuvieron con que divertirse. Los que no tuvieron como nosotros la precaución de llevar su ropilla en un saco de viaje a la mano, pasaron un infierno de torturas; tuvieron que buscar sus equipajes a la luz de las antorchas, entre aquella masa confusa de petacas, catres, sacos de noche, colchones, sombrereras y todos los estorbos de diferentes formas con que camina una población que va a bailar y a vivir en tierra ajena.

Así es que a las diez de la noche más de un elegante se mesaba las barbas y hacía pucheros de cólera, por no poder encontrar la hermosa petaquita en que llevaba el frac hecho por Madaleno o por Salin, los

guantes, los botines y los perfumes; y más de una joven hechicera vertía lágrimas como nueces al recibir la fatal noticia de haberse extraviado la caja en que venía el espléndido vestido de baile, la ropa blanca, las joyas y el elegante *necesser* de camino.

Los viajeros de ese día apenas tuvieron tiempo de pasarse por la cara una esponja empapada en agua de colonia, de ponerse la camisa y el frac, o el traje de seda; y sólo merced a las habitudes del tocador pudieron las lindas mexicanas presentarse en el baile con un esmero que no dejaba conocer la festinación que habían tenido.

Numerosas personas se retiraron a las dos de la mañana; otras permanecieron hasta las cinco, y apenas tuvieron tiempo para dormir un rato y vestirse con el objeto de asistir al almuerzo-comida que daba el gobernador de Puebla a la una del día.

Nuevo inconveniente de haberse dado el baile la noche del 16, pues la mayor parte de los invitados iba todavía bostezando y sintiendo el malestar producido por la desvelada y por una cena fuerte a las tres de la mañana.

IV EL BANQUETE

El antiguo Colegio de la Compañía, hoy Colegio del Estado. El salón de recibo. El salón de refectorio. La comida. Los brindis.

El antiguo colegio de jesuitas, llamado la Compañía, cuya iglesia presenta en su fachada una bonita muestra de lo mejor que pudo producir el estilo Churriguera, es hoy Colegio del Estado; y allí dispuso el gobernador que tuviera lugar el banquete con que obsequiaba al Presidente y a sus demás visitantes de México, pues no pudo encontrarse en todo Puebla un salón más espacioso que el que servía antes de refectorio a los reverendos padres jesuitas.

A las doce del día 17 la concurrencia llenaba el salón de recibo, situado en el piso alto y que según su mueblaje debió haber servido como salón de capítulos o de actos en otro tiempo.

Los invitados, repetimos, estaban allí vestidos todos otra vez con frac negro y guante blanco —porque hay que advertir que en estas fiestas de Puebla se abusó deplorablemente del frac y se le hizo asistir hasta a los almuerzos, a él, que no gusta de la luz meridiana, ni de las comilonas matinales.

Tan luego como llegó el Presidente nos dirigimos todos al refectorio, en donde encontramos la mesa aderezada, y los vinos de Burdeos, de Borgoña, de España y del Rhin esperándonos con amor para la hora de las libaciones, *ad maiorem gloriam Dei*, como las habían hecho en otros días y en aquel mismo lugar los hijos de San Ignacio, y que con mayor justicia íbamos a hacer nosotros celebrando la fiesta del trabajo y de la industria que en nuestro humilde concepto honra más al Creador que los rezos de los antiguos padres.

Tomamos asiento y comenzamos a gustar de uno de esos banquetes a que el amigo Fulcheri lleva tiempo de habernos acostumbrado. A los postres comenzaron los brindis, pronunciándose los primeros en la mesa de la cabecera ocupada por el Presidente, los ministros, los empresarios del ferrocarril, el ministro americano y el gobernador de Puebla.

Los discursos de los Sres. Juárez, Lerdo, Iglesias, Balcárcel, Nelson, Escandón, Martínez de la Torre y Romero Vargas, fueron pequeños y encerraban, como era natural, el mismo asunto del día, que era la inauguración del ferrocarril de México a Puebla, conteniendo expresiones a cual más cordial, patriótica y progresista.

Después siguieron los brindis de los otros convidados entre los que recordamos los del Sr. diputado Herrera, que habló dos veces, del Sr. Sierra que dijo lindos versos, de otro señor a quien no entendimos y del Sr. Sánchez Facio.

El Sr. Romero Vargas brindó por segunda vez y estuvo menos feliz que la primera. Dijo que odiaba la Teología, porque era la ciencia de lo imposible, y que, aunque arrojada del trono que antes se había levantado

sobre las conciencias, se había refugiado en la política, y que allí la odiaba también, porque estaba causando tantos males, como había causado en la religión. Que ella tenía la culpa de que embrollaran todas las cuestiones legales y administrativas, y que era tiempo de proscribirla, para dejar lugar a los hechos. Que la tal Teología sólo era buena para entretener a los cronistas, que son una familia de ociosos que nada saben hacer, sino que entretienen su pereza y su inutilidad copiando todas las argucias y disparates que oyen, para llenar papel y entretener a los tontos.

Tales fueron las palabras del señor gobernador, y nosotros, aunque poco afectos también a la Teología, no pudimos menos de tomar nota de ellas a fuer de incorregibles cronistas, para llenar con ellas este pedacito de *El Renacimiento* y entretener a nuestros buenos lectores, a quienes Dios nos ampare de calificar con el epíteto que concede a los lectores de crónicas parlamentarias el señor gobernador de Puebla. Preciso es dejar asentado que el Sr. Romero Vargas quiso hablar de los cronistas políticos, y por tal razón no nos creímos aludidos, y si nos hubiéramos creído, él mismo habría destruido nuestra convicción con las explicaciones francas que nos dio después, sin pedírselas nosotros, cuyas revistas nada tienen que ver con las actas teológicas de que hablaba su merced. Por lo mismo quedamos imparciales en este asunto.

Pero no está por demás, ahora que se ofrece, hacer algunas humildes observaciones y decir unas cuantas palabritas sobre el brindis del señor gobernador.

Parece que habiéndole pedido explicaciones allá en la cabecera sobre su brindis y sobre el sentido que daba a la palabra teología política, significó que quería designar con este nombre la discusión de la tribuna parlamentaria y de la prensa, la argucia, el sofisma y la interpretación forzada de los principios constitucionales.

Dejamos al Sr. Romero Vargas en su derecho de poner nombres a las cosas como le parezca; pero nos permitiremos recordarle que los cronistas parlamentarios han sido útiles más de una vez en los pueblos constitucionales, pues ellos copian todo lo que oyen bueno y malo; y si no fuera por su ociosidad que se entretiene en semejante tarea, no sabría uno donde ir a buscar muchas veces, y en las dudas que ocurren, lo

necesario para comprender el espíritu de una ley y el pro y el contra de las cuestiones.

Los cronistas suelen llamarse Jefferson, suelen llamarse Zarco y no hay ningún hombre político de los Estados Unidos de América que se crea dispensado de registrar constantemente la colección del *Federalist*, que no es más que la crónica de las discusiones del Congreso constituyente de aquella nación. En México apenas hay alguno que deseando conocer a fondo el espíritu de la Constitución de 57 no tenga necesidad de recurrir a la historia del Congreso, que no es más que la serie de crónicas que hacía Zarco de las sesiones de la asamblea de 57; y algún día buscaremos las colecciones del *Siglo diez y nueve* como documentos preciosos para consultar alguna duda sobre las leyes dadas por los Congresos que se han sucedido después. Puede ser que el Sr. Romero haya estudiado como nosotros esa magnífica colección de crónicas de la asamblea francesa de 93 intitulada: *Choix de Rapports, opinions et discours de la convention*, etc., y que será el libro eterno de los liberales de todo el mundo.

Así es que nosotros estamos muy lejos de creer que los cronistas sean inútiles holgazanes. Si el Sr. Romero Vargas hubiera llamado ociosos a los cronistas que, como nosotros, sólo registran hechos más o menos frívolos, habría tenido mucha razón; porque en efecto no podemos aspirar a otro título que el de holgazanes de la literatura. Pero aun así sentiríamos que el anatema alcanzase a Guillermo Prieto cuyas hermosas revistas tan apreciadas son del público, y a otros literatos que se dedican a este género por necesidad o por gusto, y sólo consideraríamos que estaba hecha plena justicia en lo que toca a nuestra humilde persona.

En cuanto a la discusión contra la cual se pronuncia el señor gobernador de Puebla bautizándola con el nombre de Teología, muy lejos estamos también de creerla perniciosa, y parece que el Supremo Gobierno cree también lo mismo, puesto que ha dejado en la prensa y en la palabra la más amplia libertad que se había visto en la República. La discusión es el rasgo más característico de los sistemas constitucionales; de modo que eso que llama el Sr. Romero Vargas Teología política, es

precisamente la cualidad, o si él quiere, el vicio de que más se enorgullece la democracia.

Si el señor gobernador de Puebla hubiera dicho que odiaba no la Teología sino la guerra civil, la sedición, el motín, la oposición llevada hasta las vías de hecho, todos los asistentes a su convite le habríamos acompañado en esa protesta, que aunque fuera de lugar, estaba conforme con los sentimientos de los que somos partidarios de la santidad de nuestras instituciones.

Por otra parte, nos parece que el brindis no era oportuno en aquella ocasión. Debe advertirse que nosotros hace mucho tiempo que estamos retirados de la arena política, y que por lo mismo la falta de pasiones y el no seguir ninguna bandería nos dan la calma suficiente para juzgar con imparcialidad. Pero el Sr. Romero Vargas invitó a su mesa sin distinción de colores políticos a numerosas personas de la capital, muchas de las cuales pertenecen a la Cámara de diputados y a la prensa política. Natural era no decir nada que pudiese herir la susceptibilidad de unos y otros. Bajo el techo de la hospitalidad y sobre la mesa del amigo, no suenan bien sino las palabras de concordia, de fraternidad y de alegría. El vino que se ofrece por una mano franca no debe contener una sola gota de amargura, y es siempre grato al anfitrión ver que sus convidados se levantan de la mesa con la mirada limpia y el corazón contento.

¿Ofendemos acaso con esto al Sr. Romero Vargas? Protestamos que no es tal nuestra intención, y que al contrario le estamos muy agradecidos por la afabilidad con que nos trató en Puebla; pero no podemos dispensarnos de asentar estas observaciones, hechas más bien por consideración de algunos invitados de México que por interés nuestro.

V ALGO MÁS, Y REGRESO

El banquete del Gral. Alatorre. Las ruinas. La catedral.
El palacio del Obispo. La biblioteca. El jardín de la plaza.

El Teatro Principal. "Norma". El segundo baile. Regreso a México. Recepción del Presidente. Conclusión.

El 18, el simpático Gral. Alatorre dió un banquete a sus amigos en una huerta a extramuros de la ciudad. Invitados por este amigo nuestro, no pudimos asistir; pero sabemos que reinó en él la más grande cordialidad, y que tal vez por no tener un carácter tan oficial como el anterior, a pesar de que asistían también los altos funcionarios de la nación, fue sazonado con mayor entusiasmo. Hubo muchos brindis, uno de ellos por el Gral. Díaz; hubo abrazos y lágrimas, y una magnífica improvisación de Guillermo Prieto quien había faltado al banquete del 17. Los que conocen el magnífico carácter de Alatorre y sus sentimientos caballerosos, ya calcularán la alegría que supo hacer reinar entre sus convidados, y excusado es decir que los dignos jefes y oficiales de su división le secundaron perfectamente.

Nosotros, esa tarde, en unión de los bohemios recorrimos el extremo de la ciudad, en que se contemplan los terribles vestigios del sitio de Puebla por los franceses. Son espantosas aquellas ruinas y sólo viéndolas puede uno formarse idea de lo que fue la *Iliada* de 1863, en que el patriotismo mexicano defendió con tan heroico valor el recinto sagrado de aquella plaza, cuya ocupación sólo facilitó al ejército invasor la ventaja de posesionarse de una ciudad, pero no la gloria de haber vencido en buena lid a los soldados de México.

San Javier es una criba, San Agustín un esqueleto, el Pitiminí un cementerio, y todos aquellos barrios vecinos son ruinas y yermos silenciosos en los que brotan la yerba y anidan los pájaros nocturnos. Pasarán muchos años antes de que estas gloriosas heridas de la heroica Puebla cicatricen y desaparezcan. La historia, la poesía, las bellas artes, debían ya haber immortalizado las nobles y grandiosas ruinas que encierran tantos recuerdos para los mexicanos.

Luego visitamos la magnífica catedral: admiramos el soberbio ciprés construido con exquisitos mármoles y bronces, besamos devotamente las reliquias de los santos mártires, expuestas a la adoración de los fieles, y vimos la piedra sepulcral que la orgullosa humildad del

obispo Vázquez mandó poner sobre sus huesos, con esta inscripción: *fieles, rogad por un pecador*, para que todo el mundo supiera que había sido capaz de tamaña abnegación.

Sí hubiera tenido verdadera humildad cristiana el tal prelado, a quien Dios tenga en su gloria, se habría mandado arrojar en el osario de los pobres y no se habría sepultado bajo el suntuoso pavimento de la catedral, para que los poblanos le tributaran una especie de adoración, y hubiera un pedante que fijara una lápida de mármol junto al sepulcro, diciendo con letras de bronce: ese que está allí es el gran obispo Vázquez, que después de haber sido tan sabio, tan santo y tan poderoso, ha dado la más asombrosa prueba de humildad metiéndose en ese agujero sin decir quién es. ¡Vaya una humildad!

Y lo peor es que los poblanos más sensatos le llevan a uno estirándole de la levita, diciéndole al llegar al sepulcro: póngase usted de rodillas, que aquí se halla enterrado un santo más humilde que Job.

Pues señor, o entendemos poco de humildad cristiana, o semejante ostentación del obispo Vázquez no es más que una farsa ridícula.

Más que todo esto nos agradaron las pinturas que adornan las paredes de la iglesia y que nos parecieron de las mejores de la escuela mexicana.

El palacio del obispo es un edificio soberbio de construcción antigua, pero que por su solidez, la rica madera de sus techos y la profusión de sus habitaciones vastas y cómodas, merece ser reputado como uno de los mejores de Puebla.

En arquitectura nada tiene de particular, pero con todo, esa mansión episcopal está muy lejos de parecerse al común de todos los edificios de los frailes, que tienen algo de sombrío y de ceñudo que inspira temor. Allí no; los patios están llenos de luz, el aire circula por todas partes, las columnas son esbeltas, los corredores amplios, y el obispo Colina, que indudablemente es un hombre de buen gusto, ha decorado las paredes con magníficos grabados representando vistas de monumentos y de paisajes de Roma; ha colocado hermosos naranjos en grandes arriates de madera junto a las barandillas del corredor; ha mandado pintar bonitos frescos en el extremo de las galerías, que causan

ilusión y ha cultivado el jardín del segundo patio con esmero singular. Hay en el jardín lindas fuentes, y en medio, el seco tronco de un árbol gigantesco aparece cubierto de trepadoras de varias especies, que coronan aquel esqueleto respetable con cien guirnaldas de brillantes colores.

Además, ha amueblado los departamentos que él habita, con un lujo que, si no revela al humilde pastor de Cristo, sí anuncia al hombre de buen gusto y al prelado amable e ilustrado.

En un pasillo tuvimos la satisfacción de saludar a nuestro patrón San Ignacio de Loyola, que según la inscripción que tiene debajo es el más parecido al original. .

En otro departamento vimos también como catorce cuadros representando a las Sibilas, que son dignos de llamar la atención. Ignoramos si todos ellos fueron traídos de Europa por el obispo Vázquez, que era un gran aficionado a pinturas, o por el prelado actual.

El comedor del obispo sí tiene pintados unos frescos dignos de figurar en la peor de las pulquerías de México, y parecen obra del último de los pintores de ollita de aquella ciudad.

A propósito de frescos, hay en los aposentos del obispo uno que representa el exterior de una cárcel por cuyas rejas se asoman los prisioneros; en la pared del lado hay otro representando un sepulcro. Pues bien, nos contaron que cuando Maximiliano pasó por Puebla fue alojado allí, y él, que era de espíritu impresionable, luego que vio los tales frescos que no parecían de buen agüero, se sintió mal y ordenó que le mudasen a otro aposento. ¡Qué lejos estaría sin embargo de creer que el agüero se realizaría!

Hay también en una de las salas del obispado una magnífica galería de retratos al óleo de los obispos de Puebla, desde Fr. Julián Garcés hasta el obispo Colina. Algunas de estas cabezas son dignas de estudio, y nos fijamos especialmente en la del fundador de Puebla, notable por su dulzura y que revela desde luego a uno de aquellos hombres apostólicos que vinieron a predicar el Evangelio en los tiempos de la Conquista; pues es de advertirse que fue el primer obispo de Nueva España, y que tomó posesión de su obispado de Tlaxcala en 1527, habiendo fundado a Puebla tres años después, bautizándola con el

nombre de Puebla de los Ángeles a causa del famoso sueño en que cuenta la tradición que vio el buen prelado echar las medidas de la ciudad a dos individuos de la corte del cielo. Después nos llamó la atención el semblante densamente pálido y triste del obispo Palafox, pero que revela en sus ojos negros, como el azabache, una inteligencia y una energía, de que en efecto dio grandes pruebas durante su vida.

En seguida nos fijamos en la figura del obispo Legazpi, y Velazco, natural de México, de la familia de los condes de Santiago, por su extraordinaria semejanza con los Cervantes, descendientes de aquella casa, que aún existen en México. Después, pasando una breve revista a todos aquellos prelados, buenos mozos o feos, ceñudos o bonachones, nos detuvimos delante de una figura adamada, fina, pizpireta y que revela en los ojos, en la sonrisa y en todos los rasgos del semblante, al currutaco de principios de este siglo, que tenía algo del *Don Dieguito* de Gorostiza y algo de la picaresca mundanidad del cortesano de Saint-Cloud con los resabios del increíble del Directorio. Era el obispo don Antonio Joaquín Pérez, tan célebre en nuestros anales históricos y que tanta influencia tuvo en los acontecimientos de la Independencia.

Diputado a Cortes por la Nueva España, uno de los famosos persas, después regente en México y amigo de Iturbide, este prelado consiguió su mitra a fuerza de intrigas, y perteneció más bien al Siglo que a la Iglesia.

Sigue el retrato del obispo Vázquez, ya anciano, pero que fue un guapo mozo en su juventud y que mereció por su figura y sus modales ser enviado a Roma con una misión diplomática. A este Obispo le debe Puebla un gran progreso en el gusto artístico.

Después se ve la figura del obispo Becerra, en cuyo semblante se retratan la estupidez y la terquedad; luego la del obispo Labastida, cuya cara es marcadamente sensual y epicúrea, y al último la del obispo actual don Rafael Colina, que tiene una fisonomía distinguida y simpática.

Hemos hecho estas apreciaciones a la ligera, sin pretender que se crean buenas, pero convencidos de que no se necesita el ojo de Lavater para que le ocurran a todo el mundo.

Nos dicen que en la catedral hay una galería de retratos mejor que ésta. Tuvimos el sentimiento de no verla, así como el de no visitar todos los salones del colegio Carolino, que encierran muy bellas cosas.

La biblioteca antigua de Catedral, hoy aumentada considerablemente con la librería del obispo Vázquez, es un inmenso salón que está junto al obispado, y cuyas paredes se hallan enteramente cubiertas por tres órdenes de estantes de libros, que pueden examinarse convenientemente, pues hay dos pisos de madera, colocados al efecto y a los que se sube por pequeñas escaleras.

En los breves instantes que tuvimos para examinarlos, notamos que no hay todavía un orden en la división respectiva de materias; pero el bibliotecario actual, Sr. Ayala, apreciable y laborioso joven artesano, muy dado al estudio, trabaja incesantemente por llevar a cabo un arreglo metódico, que es obra de muchos meses.

La mayor parte de las obras son de Teología, cánones e historia eclesiástica; hay algunos filósofos del siglo pasado; grandes colecciones enciclopédicas, dos ejemplares de las obras de Humboldt y Bompland; otros dos magníficos del Quijote, algunos clásicos españoles; un ejemplar de la famosa gramática egipcia de Champollion; una colección curiosísima y de un tamaño extraordinario de cartas geográficas antiguas, con su texto español, un lexicon caldaico, talmúdico y árabe; pocas obras de historia antigua de México, una obra preciosísima sobre tipos, trajes y costumbres de todas las naciones del mundo, que contiene muchos tomos y numerosas estampas iluminadas, siendo las relativas a México tan elegantes como las de lord Kingsborough; una colección de las obras de los Santos Padres y centenares de pergaminos con obras místicas de poca utilidad.

Esta biblioteca no recibe ninguna de las obras que se han publicado en México de diez años a esta parte, y apenas le llega uno que otro periódico político. Por tal razón las bibliotecas nacionales, inclusive la de México, no pueden ofrecer al curioso ni regulares colecciones de obras mexicanas.

En la noche del 18 una compañía mexicana dio la ópera "Norma" en el Teatro Principal. Éste es feo, no tanto como el nuestro del mismo

nombre; está decorado de modo que presenta, por el papel que cubre los palcos, el aspecto de un sucio camisón de percal. Como sirve también para los juegos de gallos, el piso esa noche estaba confortablemente húmedo, pues era el suelo desnudo.

En cuanto a la concurrencia, fue toda mexicana con pocas excepciones de Puebla.

"Norma" fue cantada, no precisamente para aumentar la gloria de Bellini. Las decoraciones eran raquílicas; las encinas seculares se parecían a los arbolillos del jardín de la plaza de Puebla, las sacerdotisas eran cinco, inclusive las que no cantaban; los sacerdotes y guerreros sumaban por junto unos diez.

Manuelita Pineda hizo esfuerzos por sacar voz de su endeble garganta; la Santos nos mostró sus lindos ojos y bonitos pies; el apreciable Grau que fue llamado de México para hacer el papel de Polión, saco en los brazos desnudos unos vistosos manguitos de pelo natural, y se dio en los momentos de aflicción, que fueron muchos, más de cincuenta palmadas.

En fin, aquella fue una "Norma" de aldea. Fuera de México preferimos ver las compañías de circo.

Ya que mencionamos el barbilampiño jardincito de la plaza, diremos que tiene porvenir, tanto como lo tiene nuestro jardín de San Juan de Dios. El día 17 se colocó en el centro de él la primera piedra para el monumento del inmortal Zaragoza, con la solemnidad de costumbre.

En los días 18 y 19 la pobre gente de México que se quedó, pasó las horas visitando iglesias, oyendo historias de milagros y asistiendo en la noche a la plaza en donde las músicas militares tocaban escogidas piezas, siendo una de ellas el "Cancán" del circo de Chiarini.

Los convidados menos ansiosos de diversión se volvían a México viniendo como arenques en los vagones. Tal era la prisa que manifestaban por regresar.

El 20 en la noche hubo un nuevo baile ofrecido por el gobernador de Puebla; en éste sí casi la totalidad de señoras era de Puebla. No parece sino que esperaban que nuestras lindas mexicanas se vinieran a su tierra para darse ellas a luz.

He aquí la respuesta victoriosa que debe darse a los que aseguran por ahí que las señoras de Puebla no asistieron al primer baile por antipatía a los liberales. En la noche del 20 asistieron también el Presidente con todos sus ministros, el Gral. Escobedo, muchísimos empleados del gobierno y la flor y nata del jacobinismo que quería a toda costa conocer a las poblanas. Todos los ogros del partido liberal vienen muy prendados del amable carácter, de la exquisita deferencia y de la tierna confianza con que se les trató por las hermosas hijas de la ciudad de los Ángeles.

Terminadas las fiestas que Puebla había preparado para solemnizar la inauguración del ferrocarril, el Presidente y demás convidados regresaron a México, visitando a su paso la ciudad de Tlaxcala y llegando a Buenavista a las cinco de la tarde del 21 entre el estruendo de las salvas de artillería, los ¡vivas! de la multitud y los repiques a vuelo de las campanas.

De esta manera se ha inaugurado en la República el primer tramo de vía férrea que une dos grandes centros de población. El hecho no habría tenido grande importancia en cualquiera otra nación que como los Estados Unidos, la Inglaterra o la Francia, se hallan cruzadas ya por caminos de hierro en todas direcciones, y así lo observa con entera justicia el *Trait D'Union*; pero en México el acontecimiento ha sido del más alto interés, por ser el primero de su especie, y porque él abre a nuestros pueblos nuevos horizontes de esperanza y de felicidad.

Puebla, que a pesar de ser, como lo hemos dicho, un gran centro de población, y de estar rodeada de numerosos pueblos que reciben de ella la savia de su vida material, por ser el foco de sus relaciones agrícolas, comerciales e industriales, recibía gran utilidad en servir de punto de tránsito al antiguo camino de Veracruz a México. Estableciéndose el ferrocarril por el camino que está trazado, Puebla iba a quedar en el aislamiento e iban a ser incalculables los perjuicios que esto le acarrearía. Pero con el ramal que acaba de inaugurarse todo queda remediado, y Puebla seguirá siendo, no sólo la ciudad más bella de oriente, sino un pueblo cada día más adelantado y libre merced a la sangre civilizadora

que le transmitirá todos los días, por la grande arteria del ferrocarril, la Capital de la República.

La empresa del camino de hierro ha merecido bien de los poblanos, y más agradecidos quedarán todavía al escuchar las palabras pronunciadas por el Sr. Escandón en el banquete del 17: "Para seguir adelante —dijo—, la empresa cuenta, sobre todo, con el apoyo que hasta hoy le ha otorgado el Supremo Gobierno nacional, y por el cual me es altamente grato tributarle en este momento, en su nombre el respetuoso homenaje de su sincera gratitud. Con ese apoyo, con el favor de la opinión; acaso no dé por concluidos sus trabajos con tender sus barras desde la ciudad de México hasta las playas veracruzanas. Tal vez proporcione a los habitantes del sur de este estado, los beneficios de una vía férrea que toque al Mescala".

Estamos seguros de que tan lisonjera promesa va a llevar la alegría y la esperanza hasta los pueblos remotos del estado de Guerrero, tan rico en elementos, pero tan atrasado hasta aquí por la falta de vías de comunicación.

Hemos concluido nuestra larguísima crónica. En ella, clasificándonos en una de las especies en que dividía Sterne a los viajeros, que es la de viajeros sentimentales, hemos querido referir nuestras impresiones sin más interés que el de entretener un rato a los que no hayan ido a Puebla durante las famosas fiestas de septiembre.

México, septiembre de 1869.

Ignacio M. Altamirano

JUÁREZ ASISTE A LA INAUGURACIÓN
DEL RAMAL DEL FERROCARRIL MEXICANO

Puebla, septiembre 19 de 1869

Sr. don Pedro Santacilia

Mi estimado amigo:

Mañana voy a Tlaxcala y volveré a la tarde para asistir al baile que el gobernador dará en la noche a los del ferrocarril.

Guzmán y Romero Rubio se irán mañana para ésa para arreglar lo de las comisiones, según dicen. Yo no les he hecho ninguna indicación, ni los he autorizado para nada. Pasado mañana estaré en ésa sin falta.

Los de Tlaxcala y Cuéllar están muy empeñados en que Margarita vaya a estar con ellos un día. Probablemente la dejaré allí pasado mañana y se irá para ésa el miércoles o jueves.

Memorias a toda la familia y muchos cariños a María y las demás chiquitas.

Suyo afectísimo.

Benito Juárez

EFEMÉRIDES DEL FERROCARRIL MEXICANO

En 1830 se puso en servicio en Inglaterra el primer convoy remolcado por locomotora accionada con vapor, que unió Manchester con Liverpool.

En 1837, siendo Presidente de la República el Gral. Anastasio Bustamante, obtuvo Francisco de Arrillaga el "privilegio exclusivo" para construir una vía férrea de México a Veracruz, con un ramal a Puebla.

El 31 de mayo de 1842 el Presidente Antonio López de Santa Anna restableció el impuesto de avería (2% adicional sobre los derechos de importación) que se recaudaron en la aduana de Veracruz, dedicándose esos fondos a la construcción de un ferrocarril de Veracruz al Río de San Juan y a la reposición de la carretera a Perote.

En 1849, cuando se derogó el anterior decreto, sólo se había construido una legua (4 kilómetros).

Se hizo cargo el gobierno nacional de la construcción del ferrocarril a San Juan y se avanzaron tres leguas para 1854.

Los Sres. Mosso obtuvieron el "privilegio" para construir un ferrocarril de San Juan a Acapulco el 2 de agosto de 1855.

El 1º de enero de 1857, o sea en el gobierno del Presidente Comonfort, se inauguró el tramo de México a Guadalupe Hidalgo.

El 31 de agosto de 1857 Antonio Escandón obtuvo el "privilegio" para la construcción de un ferrocarril de Veracruz al Pacífico. Se hicieron estudios sobre la ruta por Jalapa por el Ing. Almazán y otra pasando por Córdoba y Orizaba por los ingenieros estadounidenses Talcot Every Lyons y Wimmer, adoptándose esta última localización.

No se avanzó en la construcción durante la Guerra de Reforma; el 5 de abril de 1861 el gobierno del Presidente Juárez le concedió un subsidio a la empresa, habiéndose construido el tramo Veracruz-Tejería.

El 20 de agosto de 1862 se organizó en Londres una empresa con el nombre de "Compañía Limitada del Ferrocarril Imperial Mexicano" a la que Antonio Escandón transfirió la concesión.

El 13 de febrero de 1865 se iniciaron los trabajos nuevamente, y al concluir el año se había llegado a Paso del Macho y para 1867 se construyó el tramo México-Apizaco.

En julio de 1867 adoptó el nombre de "Compañía Limitada del Ferrocarril Mexicano".

El 27 de noviembre de 1867 se indultó a la compañía de la pena de caducidad de la concesión, en que había incurrido.

Reformada la concesión por decreto del Congreso, el 10 de noviembre de 1868, después de agitadas discusiones en esa asamblea, se reanudaron los trabajos, teniendo como meta llegar a Puebla al finalizar 1869 según lo disponía el decreto.

El 16 de septiembre fue inaugurado el tramo Apizaco-Puebla.

En 1870 se puso en servicio el tramo Veracruz-Atoyac.

En el siguiente año 1871 se inició y concluyó la operación de Atoyac a Fortín.

A mediados de 1872 se estableció el servicio de Fortín a Orizaba.

Conforme lo estipulado en el decreto-concesión, se concluyó la línea troncal México-Veracruz el 31 de diciembre de 1872 o sean seis meses después de la muerte de Juárez, quien había sido entusiasta animador de esta gran obra.

El 1° de enero de 1873 fue solemnemente inaugurada la línea por el Presidente Sebastián Lerdo de Tejada, poniéndose al servicio público el 22 de ese mes a las 12 horas.

J. L. T.

VISITA DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA A LA CAPITAL DEL ESTADO DE TLAXCALA

En virtud de haberse descompuesto el terraplén entre Chiautempan y Puebla el domingo pasado, a consecuencia de tantas lluvias, no tuvo lugar la llegada del Primer Magistrado de la nación a esta ciudad, pero se verificó el martes.

En el mencionado Chiautempan lo esperaba la comisión del gobierno, y llevó la palabra en su nombre el ciudadano ministro fiscal Ramón Cárdenas, para la primera felicitación. Los edificios públicos y privados fueron engalanados con profusión; las autoridades y el pueblo acompañaron en una carrera de arcos, flores e inscripciones, y las músicas, repiques y estallidos llenaron el viento.

En Apetatitlán fue recibido con el mismo entusiasmo y nada dejó que desear las galanterías de esos patriotas y buenos ciudadanos de nuestro Estado.

Por fin aparecieron los coches en la garita que llamamos vieja, y los puntos de atención de los clarines y la salva de artillería, hizo presentar sus armas a la guardia nacional formada en una extensa valla. El ciudadano gobernador con los empleados civiles y militares esperaba en la aduana, y allí saludó al Benemérito Benito Juárez y su respetable gabinete, conduciéndolos a la casa que se hallaba preparada para la recepción. En ella saludó al pueblo desde los balcones y fue victoreado incesantemente.

En seguida la comitiva fue llevada al palacio municipal para mostrarle varias antigüedades curiosísimas. El estandarte de Hernán Cortés, los retratos de los cuatro Senadores de la República, y el verdadero instrumento nombrado *teponaxtle*; mantas con jeroglíficos, cédulas y otros papeles interesantes. Los inteligentes viajeros

manifestaron mucha complacencia en conocer esas preciosidades defendidas con sumo cuidado de la mano destructora del tiempo.

Fueron también llevados al antiguo convento de franciscanos, para enseñarles su artesonado y otras curiosidades que también contiene.

Por tener que marchar el ciudadano Presidente a la capital, se le sirvió desde luego el almuerzo, durante el cual reinó la más grata alegría y expansión. Casi al terminar brindó el primer magistrado por el estado de Tlaxcala; y su modesto gobernador en seguida, y alternándose, todo el ministerio y nuestras autoridades. El entusiasmo rayaba en delirio, las músicas tocaban dianas, el pueblo aplaudía y victoreaba frenéticamente y casi se lloraba de emoción.

Allí fuimos llamados los invictos tlaxcaltecas. Nuestro estado, modelo. Uno de los primeros entre los mejores. Ejemplo de democracia, de moralidad y de todo género de virtudes.

Cerró el Sr. Juárez con su adiós a Tlaxcala y comenzó a abrazar al pueblo. Éste, lleno de orgullo y respeto, le estrechaba, y al verlo partir estamos seguros que de todos los labios se desprendieron palabras de bendición y de esperanza.

La estrechez de nuestras columnas no nos ha permitido sino bosquejar a largas pinceladas.

(Septiembre de 1869)

PLÁCIDO VEGA
AMENAZA LA PAZ EN SINALOA

Mazatlán, septiembre 25 de 1869

Sr. Presidente don Benito Juárez
México

Muy señor mío y de todo mi aprecio:

Se reproducen aquí las noticias de que don Plácido Vega invadirá al estado en todo el mes entrante, acompañándose de un Sr. Tapia, jefe de Lozada, que se halla en Santiago con alguna fuerza, y apoyado en los restos de los Martínez y Palacios que han quedado diseminados en algunos distritos, a los cuales moverán varios agentes placidistas, que se están introduciendo furtivamente a estos pueblos. Por lo mismo, estoy preparando, en cuanto puedo, la defensa del estado, pero me encuentro con que su erario está muy pobre y no podré sacar recursos de pronto si no es que los fondos de la federación me favorezcan con lo necesario para movilizar la guardia nacional de los distritos, en caso ofrecido. Recuerdo que por esta carestía de recursos, creció y se prolongó tanto la revolución de Martínez, y es por esto que le suplico tenga a bien situar una orden reservada en esta aduana marítima, para que se me faciliten los recursos indispensables para sofocar la rebelión en cualquiera de estos puntos que aparezca.

Cuento que el Sr. Gral. Corona estará listo para apoyarme con sus fuerzas y elementos según me lo tiene usted indicado; pero, para mayor seguridad de las operaciones de campaña que se emprendan, juzgo muy conveniente que la guardia nacional tome la parte que le corresponde en los combates que se libren.

Tengo muchas razones para suplicar a usted la pronta remoción de este juez de distrito. La ineptitud o clemencia que ha tenido en el trámite de las causas que se han sometido a su conocimiento, han dado por resultado la impunidad de los culpables y que éstos, alentados hoy por ese trato, estén dispuestos a seguir con más ganas en su carrera criminal.

Quedo de usted, como siempre, su afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m.

Domingo Rubí

Nota de Juárez:

Recibió su apreciable fecha 25 del pasado, y queda enterado de su contenido; que no es posible dar la orden que desea, para que se le faciliten recursos por la aduana de Mazatlán, en el caso de que haya el trastorno que teme; pero que si llega a alterarse la paz, ocurra oficialmente al gobierno, a fin de que éste, en la órbita de sus atribuciones legales, dicte cuantas medidas sean convenientes para castigar a los revoltosos; que verá lo que es posible hacer en el asunto que le recomienda relativo al juez de distrito.

MUERE GODOY,
ACTIVO CÓNSUL EN SAN FRANCISCO

San Francisco, septiembre 29 de 1869

Sr. Presidente don Benito Juárez

Muy señor mío:

Acaba de morir esta noche mi padre de una apoplejía. En tan gran dolor, mi madre desearía saber si podría contar con usted para que le ayude a que se traslade a esa ciudad con sus hijos y el cuerpo de mi padre, pues siempre habría deseado descansar en suelo mexicano.

Hacemos esta súplica a usted, por saber que mi padre siempre trató de servir y sirvió con lealtad.

Deseando que mi súplica sea atendida por usted, quedo de usted su atento servidor.

José F. Godoy

P. D.

Con motivo de la visita que mi padre intentaba hacer a Chicago, había determinado dejar en el consulado al Sr. don Tomás M. Jewett, persona de su entera confianza y quien desempeñó en otra ocasión las funciones de ese puesto. Entretanto llega el sucesor de mi padre, desearía se sirviera usted concederle al dicho Sr. Jewett el permiso necesario para ponerse al frente de dicho consulado.

Nota autógrafa de Juárez:

Enterado con sentimiento y que ya ha acordado se paguen los alcances de su padre y que se ministre un auxilio de \$ 500.

GAMBOA EMPEÑADO EN CONSERVAR
EL CRÉDITO DEL GOBIERNO FEDERAL

Veracruz, octubre 11 de 1869

Reservadísima
Sr. don Benito Juárez

Mi querido amigo:

Con verdadera pena he visto la comunicación del ministerio de Hacienda, cuya copia te remito y que no puedo siquiera enseñar.

¿Calculas, Benn, que se pueda echar una derrama sobre las oficinas públicas para que produzcan más de lo que tienen o de lo que recaudan? ¿De dónde saco yo lo que no tengo? ¿Pedirlo prestado con premio?

En Veracruz hoy se busca dinero con premio por las casas más fuertes y se consigue con dificultad, bajo la garantía de dos firmas buenas del comercio, a 12% anual, 1% mensual. ¿A cómo lo conseguirá el gobierno? Yo no lo sé, pero me parece imposible conseguirlo.

Enseñar esa orden sería el descrédito del gobierno, es decir, la bancarrota, pues perdería su crédito.

Te adjunto copia de la carta que le pongo a Romero. Tal vez se enojará porque es muy susceptible, pero creo que no tendrá razón.

Por Dios, que se detengan en el principio del precipicio.

Sabes te quiere.

José Antonio Gamboa

Nota autógrafa de Juárez:

Que hablaré con Romero, pero que la orden debe entenderse en términos hábiles. Esto es, en el caso de que pueda cumplirse sin grave perjuicio del erario.

EL GOBIERNO FEDERAL
CON URGENCIAS DE DINERO

Secretaría de Estado del despacho de Hacienda
y Crédito Público, sección 1ª

Ciudadano administrador de la aduana marítima de Veracruz:

Teniendo necesidad el gobierno de algunos recursos extraordinarios en el curso del presente mes, el ciudadano Presidente me manda recomendar a usted que, a la mayor posible brevedad, remita a la Tesorería General \$100,000.00 sin perjuicio de los \$200,000.00 que corresponden a este mes, según los arreglos hechos hasta aquí. Si fuese necesario podrá usted negociar esa cantidad por anticipación de derechos, dando un interés moderado por el tiempo que transcurra entre la fecha en que se reciba el dinero y la en que se verifique el pago.

Si pudiera usted mandar por el telégrafo esta cantidad, o avisar a la Tesorería por esa vía para que ella haga el giro, se ganarían unos días en ventaja del tesoro público.

El Presidente espera del celo y patriotismo de usted que hará lo que esté en su mano por dar el más exacto cumplimiento en esta determinación.

Independencia y Libertad. México, octubre 6 de 1869.

(Matías) Romero

RAZONADA COMUNICACIÓN DE GAMBOA
AL MINISTRO ROMERO

Veracruz, octubre 11 de 1869

Sr. don Matías Romero

Mi querido amigo:

Con verdadera pena he visto su carta de 6 de octubre. Al llegar no había pagado aún los giros de la Tesorería ni las libranzas que ya le remití. Hoy, a las 12 del día, hice el examen de la caja y créditos a favor de la aduana y he encontrado la caja enteramente vacía, al punto de pedir a cuenta de derechos \$7,000.00 que me faltaban para pagar dos últimas libranzas de la dicha Tesorería.

Tengo por cobrar cosa de \$40,000.00 y como \$10,000.00 pendientes de resolución judicial o del gobierno. De éstos aún no puedo cobrar violentamente todo, pues hay mucha parte de poquiteros, que no es fácil realizar el cobro.

Sólo para la jefatura de Hacienda necesito aun más de \$30,000.00 y 25 más para ...⁵ por consiguiente estoy en bancarrota.

Tres vapores debían llegar hoy y no ha llegado más que el francés. Éste me trae 637 bultos que poco más o menos producirán . . . \$50,000.00. Tengo noticia, por este buque, de lo que trae el de Liverpool, son 1,300 bultos que pueden calcularse, con cierto error, en \$120,000.00 o \$130,000.00 de productos para la aduana. Total de ambos vapores, \$170,000.00 a \$180,000.00, cobrables en todo este mes y principios del que entra; por consecuencia no veo la posibilidad de mandar los

⁵ Ilegible en el manuscrito.

\$100,000.00 de exceso que me pide, sino que me veré muy apurado para completar, y muy al fin del mes, los ... \$100,000.00 que le tenía ofrecidos.

La orden oficial que se me envía no quiero no sólo contestarla, pero ni aún enseñarla, pues si el comercio se llegara a apercibir de la facultad que me concede, se resistirían al pago hasta obtener ventajas que sería imposible conceder.

Además, no es este comercio, que en su mayor parte son comisionistas, el que me pueda conseguir un préstamo de \$100,000.00. Esto, Matías, es imposible y sería emprender un negocio de descrédito sin ventaja alguna.

Sin embargo, aún no pierdo absolutamente la esperanza. Esperan los comerciantes varios buques de vela y, si vienen dos o tres, podremos conseguir algo más.

Cualquier compromiso o empeño sobre las aduanas y muy en especial hablando de ésta, que está más a la vista de todas, es la bancarrota y no sólo, sino una arma terrible para la oposición que ataca al gobierno, principalmente en el ramo de Hacienda.

Jure usted, Matías, que me da pena no poder hacer algo en este momento, pero es imposible. Ya mero veo venir su telegrama, pero ésta le servirá de respuesta, pues no hago a nadie la confesión de este triste estado en que está la aduana.

Es el mes de la guayaba, más triste porque he urgido el cobro, que acabé hasta con los rezagos. Hasta hoy, ni debo ni me deben. El día que no tenga yo con que pagar, se acabó el crédito que he podido conservar con este comercio.

Considéreme y mándeme, pues sabe lo quiere y desea servir.

José Antonio Gamboa

Por salir pronto el extraordinario no le hablo sobre la memoria, lo haré mañana.

PENDIENTE DEL FUNCIONAMIENTO
DE LA ADUANA DE VERACRUZ

México, octubre 12 de 1869

Sr. don José A. Gamboa
Veracruz

Querido amigo:

He recibido tus dos apreciables últimas, fecha 6 del que cursa, y ya he hablado con Romero para que arregle el negocio de tu licencia, de modo que no sufra el buen servicio público durante el tiempo que estés separado de tu destino.⁶

A tu vez procura, cuando llegue el caso de separarte, de tomar cuantas medidas juzgues conveniente para que todo marche sin tropiezo durante tu ausencia.

No creo que podré complacerte en el otro asunto que me recomiendas, relativo al Sr. Núñez.

Sin más por ahora, me repito tuyo, como siempre, amigo afectísimo y atento seguro servidor.

(Benito Juárez)

⁶ Siendo los impuestos aduanales la más importante fuente de ingresos, está vigilante del funcionamiento de la aduana de Veracruz y le regatea a su administrador, hombre de confianza, un permiso.

SE INVITA A JUÁREZ
A APADRINAR LA BENDICIÓN DE UNA IGLESIA

Telegrama remitido de Orizaba el día 23 de septiembre
de 1869, a la 1 y 47 minutos de la tarde

Sr. Lic. don Benito Juárez:

Los que suscribimos, representando a los 7,000 habitantes del
barrio de La Angostura, invitamos a usted suplicándole tenga la bondad
de apadrinar la bendición del templo de San José de Gracia que se
verifica el 25 corriente, nombrando la persona que debe representarlo.

Mazín Anaya Rosas Pacheco Gabriel A. Monterrey

Nota autógrafa de Juárez:

Se contesta aceptando.

JUÁREZ PALOMEANDO IMPERIALISTAS

Lista manuscrita y rubricada por el Sr. Juárez el 2 de octubre de 1869 con nombres de prominentes imperialistas y probablemente refiriéndose a quienes se permitía volver al país, y negándolo a otros.⁷

Octubre 2 de 1869

SÍ

Salazar
Artigas
Degollado, Joaquín
Durán
Arroyo
Pereda
Lamadrid
Portilla
Barandiarán
Sánchez Mora

(Rúbrica)

NO

Santa Anna
Márquez
(López) Uraga
Ramírez
Labastida
(Fernando) Ormachea
Escudero
Pilicer
Ramírez
Uribe Taboada
Terán Figueroa
Robles Menara
Pesa
Arteaga
Sánchez Navarro
Castillo
Hurtado de Mendoza
(Joaquín) Velázquez de León
Barrean
Arrangoiz
Degollado, Mariano
(Rúbrica)

⁷ Excepto Lamadrid, Barandiarán y Sánchez Mora, todos los nombres tienen una cruz.

UN HERMANO AMARGADO Y FILÓSOFO
ESCRIBE A MARGARITA

Oaxaca, octubre 28 de 1869

Sra. Margarita Maza de Juárez
(México)

Muy querida hermana:

Recibimos tu cartita del 19 de agosto. Hemos sentido de todo corazón todas tus desgracias de familia. Son muchas y muy sensibles, Dios te dé conformidad para sufrir; pero procura distraerte, no te des a la pena y considera que aún tienes a quien hacerle falta.

Pongo a tu disposición y a la de las niñas, un nuevo hijo que tengo, se llama Adolfo: tengo, pues, seis hombres y una mujercita.

Te incluyo esas cartas de la familia.

Saluda de mi parte a Santacilia, Nelita, Margarilla, Feli, y demás niñas.

Por acá no tenemos novedad en la familia, salvo los disgustos y sinsabores que dejo a tu consideración. El día que nos lleguemos a ver te contaremos todo lo que hemos sufrido.

Que tanto tú, como las niñas y don Benito, estén y conserven buenos, son los deseos de tu afectísimo amigo y hermano que te quiere.

Manuel (Maza)

EN MICHOACÁN
HAY UN NUEVO GRUPO SUBLEVADO

Morelia, octubre 2 de 1869

Sr. Presidente de la República,
Lic. don Benito Juárez
México

Mi estimado señor de mi atenta consideración:

Por fin los rumores de trastornos de que he hablado a usted en mis anteriores comienzan a realizarse, pues el día 30 del pasado se ha pronunciado don Juan Servín de la Mora en el pueblo de Coeneo, lugar de nacimiento de don Epitacio Huerta y adonde en los últimos meses ha hecho frecuentes viajes.

Hasta ahora no sé con toda seguridad el número de gente con que cuenta Servín, ni lo que proclame ni los elementos de que pueda disponer, para dar a usted oficialmente conocimiento de este desagradable suceso, a fin de que se sirva tomarlo en consideración. Creo, a no. dudarlo, que ha sido sugerido por inspiraciones del Sr. Huerta, quien hasta ahora guarda un retraimiento aparente, así por los antecedentes de este señor, como por la clase de gente que ha tomado la iniciativa en este desorden.

Por el próximo correo o antes, por extraordinario, espero comunicar a usted noticias fijas y seguras con los pormenores convenientes, para que usted se sirva formar un juicio exacto de lo que pasa por acá. Entretanto he dictado las providencias del momento más oportunas, para sofocar este desorden. El Gral. Régules se halla fuera de

esta ciudad, pero hoy lo he llamado violentamente, según lo temamos acordado, y pronto estará aquí. Los dos combinaremos los medios más adecuados para reducir a los rebeldes y de todo tendremos a usted muy al corriente.

Consérvese usted sin novedad y disponga del sincero afecto de su amigo y servidor q. b. s. m.

Justo Mendoza

Nota autógrafa de Juárez:

Celebra haya llamado sin pérdida de tiempo al Gral. Régules para acordar con él las medidas que deben dictarse a fin de sofocar el movimiento de Servín.

EL GOBERNADOR DE MICHOACÁN
AMPLÍA LOS INFORMES SOBRE LA SUBLEVACIÓN

Morelia, octubre 6 de 1869

Sr. Presidente de la República,
Lic. don Benito Juárez
México

Muy señor mío y de mi atención:

Rectificados los informes respecto de la noticia que le comuniqué a usted en mi anterior, puedo asegurarle en ésta que los sublevados no llegan hasta ahora a 50 y que proclaman a don Epitacio Huerta, me supongo será como gobernador del estado.

Han cometido algunos robos y su principal carácter es el de bandoleros, por lo que yo, al destacar fuerzas en su persecución, he dado órdenes para que así sean tratados.

Tengo esperanza de que este motín termine pronto; pero, si no fuere así, daré a usted parte oficialmente de lo que vaya ocurriendo.

El Sr. Gral. Régules ya se encuentra aquí de vuelta de su expedición y está dispuesto a ayudarme para pacificar el estado, según los ofrecimientos que repetidas veces me ha hecho, siempre que fuere necesario.

Deseándole a usted toda clase de felicidades, me repito, como siempre, su atento servidor q. b. s. m.

Justo Mendoza

LA REVUELTA DE MICHOACÁN
PONE EN APRIETOS ECONÓMICOS AL GOBIERNO LOCAL

Morelia, octubre 11 de 1860

Sr. Presidente de la República,
Lic. don Benito Juárez
México

Muy respetado señor de mi atención:

La circunstancia de no haberse sofocado violentamente el movimiento revolucionario, de qué hablé a usted en una de mis anteriores, me obliga hoy a participar oficialmente este suceso al gobierno de su digno cargo.

Aunque este motín aparece en la actualidad como aislado, es de temerse, supuestos los datos que se tienen y los cuales he dado a conocer a usted en toda mi correspondencia, como por la complicidad que tan fundadamente se presume de Huerta y otras personas de importancia, que quieran extender sus pretensiones a toda la República para derribar el actual orden de cosas; esto mismo se infiere del plan que han proclamado, como verá usted en la copia que remito.

De todo esto surge la necesidad de acudir violentamente para destruir, en su principio, lo que más tarde puede ser difícil. El gobierno de este estado cuenta con los elementos necesarios de guerra para emprender la campaña; pero carece de recursos para socorrer a sus soldados y por eso ocurro oficialmente al gobierno general solicitando el auxilio de alguna cantidad de dinero que será reembolsada más tarde con las rentas del estado.

Yo espero que, penetrado usted del peligro que nos amenaza, no tendrá obstáculo en acordar este recurso, disponiendo que se nos facilite el producido de los impuestos federales que se cobran en el mismo estado. Si no alcanzamos esta gracia, estoy seguro que se dificultará más y más el exterminio de los bandidos.

Quedo aguardando la contestación de usted y, entretanto, me repito afectuosamente su atento seguro servidor q. b. s. m.

Justo Mendoza

Nota autógrafa de Juárez:

Enterado y que ya oficialmente se le dice la dificultad que hay para hacer el préstamo que desea, por no haber en el presupuesto partida a que cargar la suma. Por tal motivo debe hacer todo esfuerzo a fin de sofocar el motín de Cueneo; y en el caso desgraciado de que el enemigo aumente de tal modo su número que no basten las fuerzas del estado para destruirlo, el gobierno general destinará las de la federación para restablecer el orden.

EL GRUPO DE SUBLEVADOS DE MICHOACÁN CRECE

Morelia, octubre 18 de 1869

Sr. Presidente de la República,
Lic. don Benito Juárez
México

Muy señor mío y de mi atenta consideración:

Los revoltosos del estado han continuado aumentando su número, porque no faltan aquí, como en todas partes, gente ociosa que se ha acostumbrado a vivir de las revoluciones.

En vista de esto me he puesto de acuerdo con el Sr. Gral. Régules para aprovechar los elementos con que contamos y, al efecto, este señor ha salido ayer a ponerse al frente de las fuerzas que obran sobre los sediciosos. Su actividad, su buena aceptación y el conocimiento práctico del terreno que tiene, unido todo al buen sentido de los pueblos que manifiestamente rechazan todo movimiento revolucionario, me hace esperar que el escándalo dado en Michoacán será prontamente expiado por sus promovedores.

He estado con algún cuidado porque hasta hoy no he recibido contestación a la que, con fecha 11 del presente, le dirigí por medio de un extraordinario.

Si alguna ocurrencia nueva sobreviene, buena o mala, me apresuraré a comunicársela a usted con toda oportunidad para que esté al tanto de todo lo que pase por acá.

Deseándole a usted, como siempre, perfecta salud y prosperidad, me repito gustoso su atento y afectísimo seguro servidor q. b. s. m.

Justo Mendoza

Aumento:

Perdone usted que adicione aquí esta carta, pero la noche se ha avanzado y me precisa decir a usted que en este momento, que son las diez de la noche, se me asegura por buen conducto que don Epitacio Huerta se ha pronunciado hoy en Chucándiro con 180 hombres. Ya le aviso al Gral. Régules y, tan luego como estos informes sean ratificados oficialmente por alguna autoridad, lo pondré en conocimiento de usted por extraordinario.

Nota autógrafa de Juárez:

Recibo y enterado, manifestándole que, en contestación a su carta del día 11, se le dijo que se había ordenado que la fuerza del Gral. Tolentino, que estaba en San Luis (Potosí), marchase rumbo a Morelia para cooperar al restablecimiento del orden y que pronto contará con ese auxilio.

LA CAMPAÑA DE MICHOACÁN
EN RIESGO DE SUSPENDERSE

Morelia, octubre 20 de 1869

Sr. Presidente de la República,
Lic. don Benito Juárez
México

Muy respetado señor y de mi atenta consideración:

Los revoltosos que merodean en el estado no han juzgado, prudente, hasta ahora, presentar acción y, por lo mismo, nada se aventaja sobre ellos a pesar de la tenacidad con que se les persigue.

El Sr. Gral. Régules está ya en campaña, según avisé a usted en mi anterior; pero temo que sus esfuerzos vengán a estrellarse ante la fatal situación hacendaría en que desgraciadamente nos encontramos.

Los rebeldes han aumentado su número; pero esto no importa, si con prontitud se ocurre a perseguirlos como se está haciendo hasta la fecha y si no tenemos necesidad, por falta de elementos, de suspender las operaciones, lo que ciertamente no espero, porque sería una verdadera fatalidad.

Hace diez días dirigí a usted un extraordinario con el parte oficial de lo ocurrido en el estado, al que le acompañé una copia del plan proclamado por Servín; pero hasta ahora no he recibido contestación e ignoro el motivo de la demora del correo, y como esto me tiene con cuidado, me veo precisado a repetirlo para que se sirva indicarme si recibió el primero y, si no, para que tenga conocimiento de lo que con él le comunicaba.

Deseándole a usted todo bien en su salud, me repito, como siempre, su atento y afectísimo servidor q. b. s. m.

Justo Mendoza

EL GOBIERNO DE MICHOACÁN
SOLICITA FUERZAS FEDERALES

Morelia, octubre 21 de 1869

Sr. Presidente de la República,
don Benito Juárez
México

Muy señor mío y de mi atención:

Han sido en mi poder las dos de usted de 12 y 15 del actual.

Mucho me congratulo de las noticias que sobre pacificación de otros puntos de la República se sirve usted comunicarme, y quisiera que el estado de mi mando no fuera el que estuviera hoy ocupando la atención de ese gobierno, pero a usted le consta los esfuerzos constantes que he hecho para conservar en él la tranquilidad.

En virtud de la contestación que obtuve en la solicitud que hice para que se me facilitaran algunos recursos, la Legislatura del estado acordó hoy, haciendo uso del derecho que le da la Constitución, que se pidiera al gobierno general el auxilio de fuerza armada necesaria para destruir la rebelión que en él ha estallado y volverle la paz a sus habitantes.

Con este objeto va este extraordinario y no dudo que me traerá una contestación satisfactoria.

El Sr. Gral. Régules, como he manifestado en mis anteriores, anda personalmente haciendo la campaña, y de su actividad espero que pronto obtenga un buen resultado en sus operaciones.

Desearía que la fuerza que se mande viniera a disposición de este señor, es decir bajo sus inmediatas órdenes, tanto por su mayor

graduación, como por ser jefe del cuerpo de Ejército del Centro, al que me supongo pertenecerán los que se envían.

Ha sido indispensable ocurrir a este medio, porque el estado, por su escasez de recursos, no puede levantar una fuerza de consideración; y porque yo tengo para mí, que si esto no se sofoca al principio, más tarde será más difícil y más costosa su conclusión, pues se ha notado que, aunque con lentitud, siempre aumentan los sediciosos en su número, y esto puede comprometer la suerte de algunas poblaciones.

Dígnese usted disimular que tan frecuentemente ocupe su atención y mandar como guste a su respetuoso servidor q. b. s. m.

Justo Mendoza

Nota autógrafa de Juárez:

Que por el extraordinario de anoche van las órdenes del auxilio que pide, y el Sr. Mejía le escribió al Sr. Regules, dándole las instrucciones correspondientes.

LA MADRE DE ZARAGOZA
EN APUROS DE DINERO

Casa de usted, octubre 25 de 1869

Sr. don Benito Juárez
Presente

Mi muy señor mío de mi respeto y atención:

Señor Presidente, el día 21 de éste le escribí a usted una carta, suplicándole se sirviera dar sus órdenes para que se suministren lo que usted juzgara justo en cuenta de lo que se me debe. Como estoy sujeta a una octava parte de media paga, esta cantidad no me es suficiente para vivir, asegurándole a usted, señor Presidente, que no tengo seguro para pasar el día porque ya no tengo una prenda que no tenga empeñada. Creo, señor Presidente, que no negará la súplica que le hace la madre más desgraciada que pisa la tierra por la desgracia de haber perdido a mi nunca olvidado y malogrado hijo Ignacio Zaragoza, el que era el báculo de mi vejez y el amparo y socorro de una tiernecita hija que no tiene en la tierra más amparo que al Supremo Gobierno y el cuidado que yo le puedo proporcionar.

No dudo, señor Presidente, que me contestará esta súplica lo más pronto que usted pueda.

Sin más por ahora que disponga usted del sincero respeto que le profesa la que atenta b. s. m.

María de Jesús Seguía de Zaragoza

Nota autógrafa de Juárez:

Que ocurra al ministro de Hacienda a quien la recomiendo para que le abone todo lo más que fuere posible.